

1

VIDA
DE
N. S. JESUCRISTO

CON UNA RELACION SUCINTA

DE LA PALESTINA

TRADUCIDA POR

DOMINGO F. SARMIENTO

ADOPTADA POR LA UNIVERSIDAD DE CHILE PARA USO
DE LAS ESCUELAS PRIMARIAS.

NUEVA EDICION NOTABLEMENTE CORREJIDA.

VALPARAISO I SANTIAGO.
LIBRERIAS DEL MERCURIO DE ORESTES L. TORNERO.

—
1877.

Nota a esta edición:

Reproducimos la edición de 1877 de la *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, traducida por Sarmiento y editada en 1844 por primera vez en la Imprenta del Progreso en Santiago de Chile.

La obra editada amplía y corrige la versión original. Hemos respetado la ortografía y la puntuación del libro.

VIDA
DE
N. S. JESUCRISTO
CON UNA RELACION SUCINTA
DE LA PALESTINA
TRADUCIDA POR
DOMINGO F. SARMIENTO

ADOPTADA POR LA UNIVERSIDAD DE CHILE PARA USO DE LAS
ESCUELAS PRIMARIAS.

NUEVA EDICION NOTABLEMENTE CORREJIDA.

VALPARAISO I SANTIAGO.
LIBRERIAS DEL MERCURIO DE ORESTES L. TORNERO.

1877

LA PALESTINA
O
LA TIERRA SANTA.

Antes de leer la vida de Jesucristo, es necesario conocer el país donde nació i murió para redención del género humano. Este país está situado en Asia, a orillas del mar Mediterráneo, i es una estrecha extensión de tierra cubierta de montañas estériles i áridas, divididas por valles pedregosos en unas partes, i muy fértiles i productivos en otras; el clima es abrasador en el verano i el invierno se hace sentir.

El nombre de *Palestina* le viene de los filisteos que ocupaban una parte de él. También fué llamado *País de Canaan*, del nombre Canaan, hijo de Cam; *Judea*, por la más considerable de las tribus de Israel, de donde ha venido el nombre de Judíos que damos a sus habitantes; *Tierra Prometida*, porque Dios había prometido a los patriarcas darla a su posteridad; i *Tierra Santa*, porque Jesucristo, el fundador de nuestra Religión, vivió en ella e hizo allí sus milagros. Hoy día casi no conserva nombre particular, comprendiéndose bajo el nombre de *Siría*, común a lo que antes fué la Fenicia i al país adyacente, todo lo cual forma una provincia sometida a los turcos.

La Tierra Santa tenía, pues, una extensión que no pasaba de mil doscientas leguas cuadradas, i cuya población, aun en los tiempos más florecientes, ascendía, cuando más, a cinco millones de habitantes. Riega el *Jordán*, que es un río de poca consideración, cuyas turbias aguas, después de haber atravesado el lago de *Genesareth* o *Tiberiade*, llamado también mar de *Galilea*, se echa en el lago *Asfaltites*, llamado en la Escritura *Mar Muerto*, porque sus aguas espesas i bituminosas permanecen siempre inmóviles, porque el lugar que ahora ocupa este mar maldecido fué en otro tiempo el sitio en que estaban las ciudades de *Sodoma*, *Gomorra*, *Adama*, *Seboim* i *Segor*, sobre las cuales hizo llover Dios fuego del cielo para castigarlas por sus vicios i por su depravación. Las cadenas de montañas principales son: el *Líbano* i el *Anti-Líbano*, célebres por sus cedros, que dieron madera para la construcción del famoso Templo de Salomón, i que, aun en el día, son de un tamaño gigantesco; el *Monte Carmelo*, cubierto de viñas i de olivos, de donde viene la advocación de *Nuestra Señora del Carmen*: porque se cree que la Santísima Virgen, Madre de Jesucristo, fué representada por una nubecilla que desde su cumbre vió salir el profeta Elías, i de la cual provino una lluvia que hizo cesar una sequedad espantosa que había afligido al país durante tres años; i el *Monte Tabor*, montaña muy alta sobre la cual tuvo lugar la transfiguración del Señor. La Palestina era en tiempo de Jesucristo un país muy bien cultivado i fértil en trigo, vino, aceite, miel, bálsamo i frutas; alimentaba numerosos rebaños.

Antes de la entrada de los israelitas, la Palestina estaba ocupada por los filisteos, los cananeos, los amorreos, los jebuseos, i algunos otros pueblos. Josué, después de haberlos vencido, distribuyó el territorio entre las doce tribus de Rubén, Simón, Judá, Isacar, Zabulón, Dan, Neftalí, Gad, Aser, Benjamín, Manesés, Efraim. La tribu de Leví, consagrada al servicio de Jehová (Dios), no tuvo parte en la distribución de la tierra, conservándose mezclada con todas las otras tribus i manteniéndose de los diezmos i de las ofrendas hechas a Dios.

Después de la muerte de Salomón, la Palestina, que hasta esa época no había formado más que un solo reino, fué dividida en dos: el de *Judá*, que comprendía las tribus de Judá i Benjamín, con *Jerusalén* por capital, i el de

Israel, compuesto de las otras diez tribus, cuya capital fué *Samaria*. Los samaritanos eran mirados por los judíos como herejes i apóstatas de su religión. El reino de Israel fué destruido por Salmanasar, rei de Asiria, i el de Judá por Nabucodonosor, rei de Babilonia, que redujo a cenizas el magnífico Templo de Salomon. Casi todos los habitantes de estos países fueron llevados cautivos a los Estados de aquellos reyes, donde permanecieron diseminados durante setenta años. Ciro, rei de Persia, despues de haber destruido el reino de Babilonia, 556 años ántes de Jesucristo, permitió a los judíos que regresasen a su patria i reedificasen el Templo de Jerusalem.

Mucho tiempo despues fué conquistado aquel país por los romanos, que tenían tropas allí, mandadas por sus gobernadores, uno de los cuales fué Poncio Pilatos.

Los romanos, en tiempo de Jesucristo, tenían dividida la Palestina en cuatro partes:

1ª La *Galilea* al Norte, cuyas principales ciudades eran: *Nazareth*, hoi llamada *Nazara*, no léjos del monte Tabor i morada de los Padres de Jesucristo; *Caná*, donde hizo su primer milagro; *Naim*, en donde resucitó al hijo de la viuda; *Cafarnaum* i *Bethsaida*, a orillas del lago de Genezareth; *Tiberiade* (hoi la miserable, aldea de *Tabaria*), fundada por Herodes Antipas en honor del emperador Tiberio, que gobernaba el imperio romano en tiempo de Jesucristo; i *Jotapata*, plaza fuerte defendida obstinadamente contra Vespasiano, que al fin se apoderó de ella.

2ª La *Samaria*, en medio del país. Los samaritanos eran odiados por los judíos por sus enlaces con las familias paganas. Ciudades principales: *Cesárea* de Palestina, edificada por Herodes el Grande, que la llamó así en honor del emperador César Augusto, i residencia de los gobernadores romanos. *Samaria*, antigua capital del reino de Israel, reedificada por el mismo Herodes, que la llamo *Sebaste*, que en griego significa *Augusta*, situada cerca del monte Garizim, en cuya cumbre edificaron los samaritanos un templo. *Sichem*, que despues de la destruccion de Samaria por Salmanasar fué capital de Israel, llamada despues *Neápolis*, hoi *Naplusa*, donde se encuentran todavía algunas familias de la secta de los samaritanos. *Jezrael*, célebre por la viña de Naboth.

3ª La *Judea*, al Sur: *Jerusalem*, capital de toda la Palestina, se llamó primero *Salem*, despues *Jebus*, i en seguida *Sion*, a causa de la montaña de este nombre comprendida en su recinto, sobre la cual se encontraban la mayor parte de los edificios públicos, el palacio de los reyes i el soberbio Templo que Salomon hizo construir en el monte *Moria*, que era una de las colinas de Sion. Jerusalem era una de las mas hermosas ciudades del Oriente; rodeábala un triple cordón de murallas altas i gruesas, flanqueado por ciento sesenta i cuatro torres. Encerraba una poblacion de muchos cientos de miles de habitantes, la cual subia (sobre todo en los días de la fiesta de Pascua), a mas de un millon. Tito, jeneral romano, hijo del emperador Vespasiano, destruyó esta ciudad hasta sus cimientos setenta años despues de la muerte de Jesucristo, que habia vaticinado este suceso diciendo que no quedaria piedra sobre piedra en su templo i murallas. Adriano, otro emperador romano, mandó edificar sobre sus ruinas una nueva ciudad, que llamó *Elia Capitaliana*; mas con el tiempo prevaleció su antiguo nombre de Jerusalem.

El aspecto actual de esta ciudad es mui deplorable. En otro tiempo era frecuentada por millares de peregrinos, que concurrían de toda la cristiandad a visitar los *Santos Lugares*; esto es, los sitios en que Jesucristo padeció i murió

por los hombres. Las siete estaciones que se hacen en la Cuaresma en todas las iglesias son un recuerdo de la visitación de aquellos sitios. Hubo también un tiempo en que los pueblos cristianos mandaban poderosos ejércitos a rescatar el Santo Sepulcro del poder de los infieles. Estas expediciones se llamaban *Cruzadas*, porque todos los soldados llevaban una cruz en el vestido: después de inútiles tentativas y de haber perecido millones de hombres, las Cruzadas cesaron sin haberse logrado conservar la posesión de la Palestina.

La ciudad está habitada hoy día por familias judías, armenias, árabes y turcas, cuyo número total de individuos no alcanza a veinte mil: las calles son estrechas y solitarias: las casas miserables y ruinosas, y en todas ellas se descubre la miseria, la ignorancia y la barbarie de sus habitantes. Hay una suntuosa iglesia llamada del *Santo Sepulcro*, construida sobre el lugar donde Jesucristo fue crucificado; tres conventos pertenecientes a religiosos católicos, armenios y griegos, y una hermosa mezquita (Templo mahometano) edificada en el mismo lugar que ocupó en otro tiempo el Templo de Salomón. Ningún cristiano puede entrar a su recinto.

Los lugares principales cerca de Jerusalén son los siguientes. *Gólgota*, palabra hebrea que significa *Calvario*, esto es, lugar de calaveras: era el lugar donde se crucificaba a los criminales. *Gethsemaní*, al pie del *Monte de los Olivos*, y al otro lado del *Torrente Cedron*, era una quinta separada de la ciudad, a donde vinieron los judíos, guiados por Judas, a prender a Jesucristo. *Bethpage* y *Bethania*, pequeñas poblaciones a la falda del Monte de los Olivos, no existen ya. *Betleem* o *Belen*, a dos leguas de Jerusalén, célebre por haber nacido allí Jesucristo, tiene un Templo medio destruido, en cuyos altares arden constantemente lámparas de plata. *Jericó*, que Moisés llamó ciudad de las *Palmas*, a dos leguas del Jordán, ha sido reemplazada por la miserable aldea llamada *Rihha*; no se encuentra hoy en sus inmediaciones la famosa rosa llamada de *Jericó*, ni las plantaciones de aquel bálsamo célebre que ahora se llama de la Meca. *Jaffa*, que corresponde a la antigua *Joppe*, es actualmente el único puerto de la Judea en el Mediterráneo. *Ascalon* y *Gaza* eran ciudades principales del antiguo país de los filisteos. *Ebron*, cerca del valle de *Mambré*, fue al principio la residencia de David.

4ª La *Perea*, al Este del Jordán, comprendida la *Trachonitis*, la *Purea*, el país de los *Ammonitas*, el de los *Moabitas*, y la *Idumea*, donde moraban también los antiguos *Amalecitas*. Estas regiones se extendían en parte sobre la Arabia, país vecino a la Palestina, que fue después agregado a este gobierno romano. Pocas ciudades notables se encontraban en este país, hoy por lo general casi desierto. *Gadara*, capital de la Perea. *Bethara*, sobre el Jordán, en donde bautizaba San Juan.

La historia y la geografía de la Palestina son muy interesantes para todos los cristianos, por cuanto los sucesos ocurridos en ella, como así mismo sus lugares notables, tienen una íntima relación con nuestra creencia religiosa y sirven para comprender la relación de los Evangelios.

Para la inteligencia de la *Vida de Jesucristo* basta añadir las nociones históricas que siguen:

A su regreso de la cautividad de Babilonia, la nación continuó por doscientos años bajo la protección de los reyes; de Persia. Zorobabel, el primero de sus gobernadores, reedificó el Templo de Salomón, a que quisieron ser admitidos los samaritanos, que derivados de los israelitas y de los ídólatras cutesos, se conformaban en parte con los dogmas y ritos judaicos y adoraban al

verdadero Dios. Pero como resistiesen a esta pretension los judíos, los samaritanos erijeron un Templo particular sobre el monte Garizim.

Conquistado el Oriente por Alejandro, rei de Macedonia, reconoció la Palestina su imperio i el de sus sucesores, los Selécidas de Siria i los Ptolomeos de Egipto. La conquista de Macedonia estendió el uso de la lengua griega en la Palestina.

Antíoco Espifanes, rei de Siria, saqueó a Jerusalen, profanó el Templo, destruyó cuarenta mil de los habitantes i erijió un Templo a Júpiter. La introduccion de la idolatría escitó el celo de los Macabeos, que despues de una reñida guerra sacudieron el yugo de los reyes de Siria. Juan Hircano, hijo de Simon Macabeo, subyugó a los Idumeos, los convirtió a la relijion judaica, destruyó el Templo de Garizim i la ciudad de Samaria.

Sometióse luego la Palestina a las armas romanas. Julio César dio el gobierno de Galilea al idumeo Herodes que casándose con Mariamna, princesa de los Macabeos, se apoderó del reino de Judea. Herodes, infame por su tiranía i sus hechos atroces, murió dos años despues del nacimiento de Jesucristo, que sucedió probablemente cuatro años antes de esta Era vulgar cristiana. El año primero de esta Era corresponde, segun se cree, al cuarto o quinto de la vida del Salvador.

Este Herodes, llamado el Grande, aunque no lo fué sino por sus crímenes, tuvo varios hijos, entre los cuales dividió sus Estados. A Arquelao dejó el reino de Judea; a Herodes Antipas la tetarquía de Galilea, i a Filipo la de Iturea i Trachonitis.

Arquelao reinó diez años; fué depuesto por el emperador Augusto a causa de su tiranía i rapacidad, i la Judea fué rejida desde entónces por un majistrado romano, dependiente del gobernador de Siria. Herodes Antipas permaneció en la tetarquía de Galilea hasta el tiempo de la predicacion i pasion de Jesucristo. Hizo degollar a San Juan Bautista, i es el mismo a quien fué enviado Jesucristo por el gobernador Poncio Pilato. Los romanos lo depusieron i desterraron.

Herodes el Grande tuvo otro hijo, Aristóbulo, padre de Herodes Agripa, que mandó en la Trachonitis, i a cuyos dominios añadió el emperador Claudio el reino de Judea. Este fué el que hizo morir al apóstol Santiago.

Muerto Herodes Agripa, fué administrada otra vez la Judea por gobernadores romanos, i su hijo Agripa II le sucedió en la Trachonitis. El apóstol San Pablo, acusado de innovador i sedicioso por los sacerdotes judíos, defendió su causa ante este rei Agripa, su hermano Berenice i el gobernador romano Festo, como se refiere en el capítulo 25 de los Hechos de los Apóstoles.

Resta solo añadir que, en los tiempos de la venida del Salvador, estaban los judíos divididos en opiniones morales i relijiosas que formaban cuatro partidos distintos, de los cuales los dos mas numerosos i notables eran los saduceos i los fariseos. Estos últimos aborrecian de muerte a Jesucristo, i procuraban perderle calumniándole i acusándole ante los jueces, que al fin le hicieron morir crucificado.

VIDA DE JESUCRISTO.

1. Zacarías e Isabel—En una pequeña ciudad, situada en el seno de las montañas de Judea, vivia bajo el reinado de Herodes un santo sacerdote

llamado Zacarías, cuya mujer llevaba el nombre de Elizabeth o Isabel. Ambos, aunque moraban en medio de un pueblo corrompido, hacían una vida pura i agradable a Dios.

No tenían hijos, lo que era para ellos un motivo de continuo sentimiento: cada día suplicaban a Dios les diese uno, sin que lograsen ver satisfechos sus deseos, no obstante que ambos estaban ya muí avanzados en edad; por lo que, uniendo sus votos a los de todas las almas piadosas de aquellos tiempos, no tenían mas esperanza sobre la tierra que la de ver nacer al Rei Divino prometido a los israelitas.

Zacarías fué llamado a su turno a desempeñar sus funciones en el templo, para cuyo fin tuvo que ir a Jerusalem. En aquella época los sacerdotes echaban a la suerte la distribución de sus funciones, i Zacarías fué designado para entrar en el santuario a quemar los perfumes. Cubierto de las vestiduras pontificales i teniendo en sus manos el incensario de oro, pasó detras de la cortina que ocultaba el santuario a la vista de todos i se aproximó al altar. Ya las nubes de incienso se elevaban al cielo, i el pueblo estaba afuera haciendo oración, cuando repentinamente Zacarías vio un ángel a la derecha del altar: esta visión le llenó de espanto, pero el ángel le dijo con bondad: “Zacarías, no temas; tu oración ha sido oída. Isabel, tu mujer, te dará un hijo a quien llamarás Juan. El será para tí un motivo de mucha alegría, i muchas jentes se regocijarán de su nacimiento, porque él será grande delante del Señor, i no beberá vino ni licores fuertes i será lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre. I a muchos de los hijos de Israel convertirá al Señor, Dios de ellos, porque él irá delante del Señor con el espíritu i virtud de Elías para prepararle un pueblo santo.”

Sobrecojido de pavor i casi fuera de sí misino, Zacarías dudaba aun de las palabras del ángel, i le dijo: “¿I en qué conoceré la verdad de lo que me dices, porque yo soi viejo i mi mujer está mui avanzada en años?” El ángel respondió: “Yo soi Gabriel, que asisto delante del trono de Dios, i soi enviado para hablarte i traerte esta feliz nueva. I pues que no has querido creer en mis palabras, permanecerás mudo hasta el día en que se cumplan.”

El ángel desapareció, i Zacarías quedó mudo en efecto. Mucho tiempo permaneció sin volver de su sorpresa. El pueblo le aguardaba, admirándose que tardase tanto en salir del santuario. Al fin apareció; pero desde luego se vio que alguna cosa extraordinaria le habia ocurrido, porque le era imposible hacerse entender de otro modo que señalando al cielo, dando a entender con esto que habia tenido alguna vision en el lugar santo. Cuando hubo concluido el tiempo de su ministerio, se volvió a su casa lleno de alegría i de esperanza.

El momento señalado por los decretos eternos para el cumplimiento del gran misterio de la redención de los hombres, ha llegado. El Hijo de Dios, el Salvador del Mundo va a descender de lo alto de los cielos i a llenar la espectacion de las naciones, anunciándose así este divino sol de justicia, aun antes de aparecer sobre el horizonte. Envía al ángel de la misericordia a revelar a Zacarías el nacimiento de su precursor, de aquel que debe prepararle los caminos i disponer al pueblo, que suspiraba por su llegada, para recibirle con amor i reconocimiento. Por esta misteriosa vision de Zacarías en el Templo principia, pues, la historia de nuestro divino Salvador. Leámosla con un corazón puro, i penetrados de un sincero deseo de aprovecharnos de las divinas lecciones que encierra, encontraremos en ella una fuente de dulces consuelos i

los mas poderosos motivos para consagrarnos exclusivamente al servicio de un Dios que nos ha amado tanto.

2. María.—Tranquila i retirada del mundo vivía en Nazareth, pequeña ciudad de Galilea, una Vírjen joven i pobre, i, aunque descendia de la estirpe real de David, se mantenía del trabajo de sus manos. Estaba casada con un carpintero llamado José, tan pobre como ella i lleno del temor de Dios. Pero, aunque la niña se viese privada de los bienes de la tierra, no era por eso menos rica en virtudes, uniendo la mas pura inocencia a la humildad mas profunda i sincera. Su nombre era María.

Llena de confianza en los oráculos de los profetas, esperaba con impaciencia la venida del divino Salvador que ellos habían anunciado. Prosternada delante de Dios i sumida en un piadoso recojimiento, pensaba sin duda en la salud prometida por él a su pueblo, cuando repentinamente se apareció en su cuarto solitario Gabriel, el ángel de Dios, diciéndole con una bondad celeste: “Dios te salve, María; llena eres de gracia. El Señor es contigo. Bendita eres entre todas las mujeres.” María se asustó al ver esta aparición, i mas todavía al oír aquellas palabras, cuyo sentido no alcanzaba a comprender.

Mas el ángel, para tranquilizarla, la dijo: “No temas, María, porque has encontrado gracia delante del Señor. Tendrás un hijo, a quien darás por nombre Jesus, i será grande, porque él será el Hijo del Todopoderoso. El Señor, nuestro Dios, le dará el trono de David su padre, i reinará eternamente sobre la casa de Jacob, i su reino no tendrá fin.”

Noticia semejante debió sin duda sorprender sobremanera a la mas humilde de las criaturas, a una Vírjen tímida que solo aspiraba a vivir ignorada a la sombra del santuario, para poder servir allí al Dios a quien había consagrado todos los afectos de su corazón. Pero sobre todo, ¿qué cosa mas maravillosa que saber que iba a ser Madre, sin saber cómo conciliar esta fecundidad tan poco esperada con la virjinidad que había jurado a los pies de los Santos Altares? “¿Cómo, exclamó ella entónces, llena de una indecible turbación, cómo podrán obrarse en mí esas cosas que me anuncias, pues que yo no he conocido varón?” El ángel le explicó este misterio diciéndole: “El Espíritu Santo sobrevendrá en tí, i la virtud del Todopoderoso te cubrirá, con su sombra, por la cual el niño que nacerá de tus entrañas será llamado el Hijo de Dios. Sabe, además, que tu prima Isabel tendrá antes de tres meses un hijo, porque nada es imposible a Dios.”

María, al oír estas palabras, tranquilizándose i viendo podía llegar a ser Madre sin dejar de ser Vírjen, se somete, adora i consiente.

“Hé aquí, dijo, la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra.” I en el mismo instante el Hijo del Altísimo se encarnó en sus castas entrañas i la salvación del mundo queda asegurada. Toda la corte celestial, atenta a las palabras de María i al misterio que se obra en ella, la proclama Madre del Todopoderoso: dignidad augusta que la eleva una distancia inmensa sobre todos los seres criados, i no pone otros límites a su grandeza que la grandeza de Dios mismo.

3. María en casa de Isabel.— María se puso luego en camino i atravesó las montañas para ir a ver a su prima, a fin de anunciarle aquella nueva feliz i de elevar juntas sus acciones de gracias al Señor.

Después de un viaje de tres días, entró, cuando menos se la esperaba, en casa de Isabel, saludándola i felicitándola de que la gracia del Señor se

hubiese manifestado en ella. Isabel, al escuchar esta felicitacion, se sintió llena del Espíritu Santo, que le hizo conocer el motivo que traía a María. Poseída de respeto i de una santa alegría, exclamó: “Bendita tú entre todas las mujeres, i bendito el fruto de tu vientre. ¿De dónde me viene la dicha de que la Madre de mi Señor venga a mí? Bienaventurada tú que has creído, porque todas las cosas que te han sido anunciadas por el Señor recibirán su cumplimiento.”

María, al oírse llamar Madre del Señor, reconoció con mucha sorpresa que no solamente Dios le habia revelado a ella el secreto de Isabel, sino que tambien su prima estaba instruida en el suyo propio, con lo que creció su alegría, i elevando su alma al cielo i ensanchándose su corazon, comenzó a dar gracias a Dios en alta voz, i sus palabras se convirtieron en un himno de alabanzas, diciendo:

“¡Mi alma glorifica al Señor! ¡Mi espíritu se regocija en Dios, mi Salvador, que ha bajado sus miradas hasta su humilde esclava, a quien desde ahora llamarán bienaventurada todos los siglos. Grandes cosas ha hecho en mí el Todopoderoso: su nombre es santo i su misericordia se estiende de jeneracion en jeneracion sobre aquellos que le temen. Ha desplegado la fuerza de su brazo i disipado los designios que los orgullosos formaban en su corazon; ha arrojado de sus tronos a los poderosos i elevado a los humildes; ha colmado de bienes a los que tenian hambre, i despedido a los ricos desprovistos de todo. Se ha acordado de su misericordia, i tomado bajo su proteccion a Israel, su servidor, segun la promesa que ha hecho a nuestros padres, a Abraham i a su posteridad, para siempre.”

¡Cuán puros i cuán magníficos son los acentos con que María celebra la bondad i la misericordia infinita de su Dios! Es una alma enteramente abrasada del amor divino, que se eleva sobre todas las cosas de la tierra para meditar en el seno de la Divinidad los admirables secretos de la Providencia. Nada tiene de terrestre su voz, sublime como la de aquellas celestes inteligencias ocupadas sin fin en cantar la grandeza de Dios, tres veces santo, i los prodijios del eterno amor.

María permaneció en casa de Isabel cerca de tres meses, pudiendo apénas al fin separarse, tal era su gozo en Dios i el indecible afecto que se tenían.

4. Nacimiento del precursor.—Zacarías e Isabel obtuvieron, en efecto, el hijo que les habia sido anunciado por el ángel del Señor, recibiendo ambos este hijo como un don del cielo i penetrados del mas vivo reconocimiento hácia Dios. “En mi vejez, dijo Isabel, me envia el. Señor un gozo tan grande.”

Los vecinos i los parientes de Isabel vinieron a participar de su felicidad. Querían éstos dar al niño el nombre de su padre; mas Isabel se opuso, diciendo: “No, que se llamará Juan.” Mas los parientes respondieron: “En nuestra familia nadie lleva ese nombre;” i al mismo tiempo preguntaron por señas al padre cómo quería que se llamase.

Zacarías permanecía siempre privado del uso de la palabra, por lo que tomó unas tablillas de escribir i escribió. “Juan es su nombre.” Porque así se lo había ordenado el ángel que se le apareció en el Templo. Todos los circunstantes se llenaron de admiracion; mas al mismo instante de haber acabado Zacarías de escribir el nombre de su hijo, i que con esto quedaban cumplidas todas las predicciones del ángel con respecto a aquel niño, su boca se abrió i su lengua fué desatada. Este era el momento que había escogido el Señor para colmar a aquella santa familia de sus bendiciones i de sus mas

esquisitos favores; i al uso de la palabra que había recobrado Zacarías, añadió el don de la profecía. Inspirado este santo anciano por el Espíritu Santo entonó aquel magnífico canto que contiene en compendio todo el encomio del gran misterio de la Encarnación i el cuadro de la Iglesia en sus mas felices días.

“Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque nos ha suscitado un poderoso Salvador en la casa de David, su servidor, según lo que había prometido por la boca de sus santos profetas, que han aparecido en los siglos pasados: que seríamos libertados de nuestros enemigos i de las manos de todos aquellos que nos aborrecen, para ejercer su misericordia sobre nuestros padres i acordarse de su Santa Alianza. Por lo que él ha jurado a Abraham, nuestro padre, que nos libraria de las manos de nuestros enemigos, para que pudiésemos servirle sin temor, i marchar en su presencia, en santidad i justicia, todos los días de nuestra vida.”

“I tú, hijo mío, añadió volviéndose hácia el recién nacido; tú serás llamado el profeta del Todopoderoso, porque tú marcharás delante del Señor para prepararle sus caminos, para dar a su pueblo el conocimiento de la salvación, a fin de que obtenga la remisión de sus pecados por la misericordia infinita de nuestro Dios, que en este momento hace brillar sobre nosotros una aurora nueva i celestial, para iluminar a aquellos que están sentados en las tinieblas i en las sombras de la muerte, i para conducir nuestros pasos por el camino de la paz.”

Un santo respeto se apoderó de todos los concurrentes, i todos los que oyeron hablar de las maravillas que habían acompañado al nacimiento del hijo de Zacarías, se mostraban sorprendidos, i se decían unos a otros: “¿Qué pensáis que llegará a ser un día este niño? ¡Porque la mano del Señor está visiblemente con él!”

Dios cumplió todas las maravillas que Zacarías había predicho de su hijo; i, a fin de prepararlo para el glorioso misterio de que iba a ser encargado, le hizo crecer en sabiduría i virtud, i quiso que se retirase a la soledad del desierto hasta el día en que apareciese delante del pueblo de Israel para anunciarle que el Mesías había llegado; que el Mesías era Jesús, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

5. Nacimiento de Jesucristo.—Mientras que se esparcía por toda la Judea el rumor de los prodijiosos acontecimientos que habían acompañado al nacimiento de Juan Bautista, María, que había vuelto a Nazareth, meditaba en el silencio i en el retiro sobre el incomprensible misterio de que ella era depositaria e instrumento. Nada de lo que le pasaba había dicho a José: i, conociendo éste que María iba a ser madre, se encontró en una cruel perplejidad. Como era hombre justo, no quería difamarla acusándola de un crimen que, por otra parte, él sabía muy bien que su mujer era incapaz de cometer, por lo cual determinó abandonarla secretamente. En esta resolución estaba, cuando un ángel, que se le apareció en sueños, le dijo: “José, hijo de David, no rehuses tener a tu lado a tu esposa María, porque ella será madre del hijo de Dios.” José siguió viviendo con su esposa, i ambos residieron en Nazareth en la mas dulce unión, llenos de reconocimiento al Eterno, inocentes i puros como dos ángeles del cielo.

María i José aguardaban cada día el cumplimiento de la divina predicción. Mas muy luego se publicó un edicto del emperador Augusto que ordenaba levantar el censo de la población del imperio romano, para lo cual debía cada uno hacer apuntar su nombre en los registros en la ciudad misma de

donde su familia era oriunda. José i María eran ambos de la estirpe de David, i tuvieron que ir a Belen, lugar del nacimiento de este rei, por penoso que en aquellas circunstancias debiese parecerles un viaje tan largo.

Mui entrada la noche llegaron a Belen, que ya estaba **llena** de forasteros, atraídos por los mismos motivos que ellos. En vano buscó José por toda la ciudad una posada donde hospedarse; en todas partes rehusaron recibirlos, todo estaba ocupado; se hallaban sumamente perplejos.

Fatigados como estaban del viaje, veían que se hacia tarde i ninguna puerta se abría para ellos. Sin embargo de esto, no perdieron un solo instante su confianza en Dios; resignados tomaron su partido. En un extremo de la ciudad habia un establo que servía de asilo a los pastores de los contornos i a sus ganados; allí fueron José i María a pasar la noche.

Allí, hijos míos (pongan atención los que leen, i los que escuchan medítelo bien), allí en un pesebre vino al mundo Jesucristo, el Hijo de Dios! ¡Gracias sean dadas eternamente al Señor!

María envolvió al recién nacido en pañales, adorando en este débil niño al Criador del cielo i de la tierra, al Salvador del Mundo.

Así fué como cuatro mil años después de la creación de la tierra nació el Hijo de Dios en una profunda pobreza, en el silencio de la noche i sin pompa alguna; i allí, hijos míos, el Rei de los reyes no tenía mas palacio que una pobre cabaña, ni mas trono que su pesebre: el que ha de ver a todos los hombres a sus pies, el que dicta leyes al universo entero, no tenía entonces mas acompañamiento que viles animales, que calentaban con su aliento sus miembros entumecidos. Tal era la santa voluntad de su padre, contraria, es verdad, a las esperanzas mundanas de los hombres, pero en todo conforme a las predicciones del cielo.

Las pompas i magnificencias del mundo no son nada delante de Dios, i, en el reino que Jesús vino a fundar, solo la virtud i la santidad son preciosas.

6. Los pastores de Belen delante del pesebre. —Había pasado gran parte de la noche i todos los habitantes de Belen se abandonaban al reposo, si no era algunos pobres pastores que se habían quedado en los campos guardando sus rebaños. Sencillos i candorosos, su piedad sincera se asemejaba a la del pobre pastor David, que apacenta en otro tiempo sus ovejas por aquellos alrededores. Mientras en la oscuridad de la noche velaban en compañía, se les apareció repentinamente un ángel del Señor, en toda su gloria, cubriéndolos a ellos mismos de una claridad celestial que los llenó de espanto. “No temáis, les dijo el ángel, porque vengo a anunciaros una nueva que será de mucha alegría para todos. Hoy mismo, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, que es el Cristo, el Señor. Por esta señal le reconocereis. Encontrareis un niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre.”

Al instante mismo un número infinito de otros mensajeros celestes se reunió al ángel, alabando todos al Eterno i cantando este himno divino: “Gloria a Dios en lo alto de los cielos, i paz sobre la tierra a los hombres de buena voluntad.”

Nunca habían los pastores contemplado un espectáculo semejante; nunca habían oído una armonía tan dulce. La sorpresa i la alegría se apoderaron de ellos a un mismo tiempo.

Los ángeles se elevaron de nuevo a los cielos, i los pastores se decían unos a otros: “Venid, vamos luego a Belen, veamos lo que el Señor nos ha anunciado.” Apresurando el paso, llegaron, a la cabaña; allí encontraron a José

i María i en el pesebre vieron al niño. Penetrados de un santo i profundo respeto, se aproximaron a él, contemplándole con un placer indecible que no dejaba cansarse de mirarlo. María i José estaban, por su parte, admirados de que el nacimiento del divino niño fuese ya conocido de todos aquellos hombres; mas su gozo se acrecentó sobremanera cuando supieron que les había sido revelado por los ángeles del cielo. Regocijéronse todos en comun i glorificaron a Dios.

Los pastores se volvieron dando gracias al Eterno por el favor que les había hecho; i por todos los alrededores esparcieron la noticia de las cosas que habían visto i oído; i todos los que llegaron a saber estos acontecimientos extraordinarios se llenaron de admiración. María conservó en su memoria todas las palabras que acababa de oír i las meditaba en su interior.

Como María, grabemos en nuestro corazón esta historia santa. Todos aquellos que tengan pura el alma, gustarán de oír i encontrarán salud en Jesucristo.

7. Presentacion de Jesus en el Templo.—La primera salida de María, después del nacimiento de su hijo, fué para dirigirse al Templo, porque así lo ordenaba la Lei de Moisés. Pero, aunque María estaba exenta de esta Lei, que solo había sido dictada para las mujeres pecadoras, se sometió a ella con la humildad i la obediencia que la caracterizaban. ¡Con qué reverente respeto entraría en el Templo para ofrecer a Dios el hijo divino que reposaba en sus brazos! Llevaba dos tortolillas, ofrenda prescrita a los pobres por la Lei de Dios: su indigencia no le permitía sacrificar un cordero. Pero su ofrenda fué mas agradable al Señor que los dones mas ricos, porque era presentada por un corazón lleno de ferviente amor.

Los sacerdotes i el pueblo vieron al niño Jesus en el Templo sin percibir ningún indicio de su origen divino; sus almas profanas no eran capaces de reconocer al Salvador bajo las exterioridades de la debilidad i de la indigencia, Sólo algunas almas puras merecieron favor tan grande entre todos los habitantes de Jerusalem.

Había allí un hombre justo i temeroso de Dios, que vivía esperando la consolación de Israel por el Salvador del género humano; el Espíritu Santo le había revelado que no moriría sin haber visto al Cristo, al Unjido del Señor.

Llevado por una inspiración divina fué Simeón al Templo, en el momento mismo en que José i María se encontraban allí con el niño Jesus, i luego que Simeón le vió, reconoció en él al Mesías tanto tiempo prometido i por tantos siglos esperado. Tomando el santo niño en sus brazos i levantando los ojos al cielo, exclamó: “Ahora, Señor, deja morir en paz a tu siervo, porque mis ojos han visto al Salvador que nos has dado, i que destinaste para que fuese presentado a la vista de todos los pueblos, como la luz que alumbrará a las naciones, i la gloria de tu pueblo Israel.”

I después, volviéndose el anciano a María i contemplándola tiernamente, la dijo: “Este niño ha nacido para la ruina i para la resurrección de muchos en Israel; él será el blanco de la contradicción de los hombres. Para él los pensamientos que se ocultan en lo mas escondido del corazón serán puestos de manifiesto, i tu alma será traspasada de un puñal de dolor.

Luego veremos, hijos míos, cómo se cumplió este anuncio, i en qué abismo de amargura fué sumida una alma tan sensible i tan compasiva como la de María.

Aun hablaba Simeón, cuando sobrevino Ana, viuda de ochenta i cuatro años de edad, que habia envejecido en el temor del Señor, i por eso quiso Dios que tuviese antes de morir el consuelo de contemplar al Salvador. Se unió a Simeón para alabar al Eterno, i ambos hablaron del Mesías a todos aquellos que aguardaban su advenimiento.

Los que buscan a Dios sin preocupacion i con un deseo sincero de encontrarle, pueden reconocerle fácilmente.

8. La adoracion de los Magos.—El Salvador del Mundo habia nacido, i solamente algunas almas puras se regocijaban con su venida; el mayor número de los israelitas ignoraba este acontecimiento, i Dios resolvió hacer patente al pueblo el nacimiento de su Hijo.

Repentinamente se aparecieron en Jerusalem unos Magos de jerarquía distinguida, que venian de un pais lejano, situado hacia el Oriente. Andaban preguntando: “¿Dónde está el Rei de los judíos que acaba de nacer? Nosotros hemos visto su estrella en el Oriente i venimos a adorarle.”

La llegada de unos extranjeros de condicion tan elevada i el objeto de su venida i de sus preguntas se esparcieron luego por todo Jerusalem. El rei tembló en su trono i todo Jerusalem con él. Todos sintieron despertarse los remordimientos de su conciencia i el rei temía perder su corona. Lo que es causa de gozo para el hombre virtuoso, es motivo de terror para el malvado.

Herodes hizo juntar a toda prisa a los principales verificadores i a los doctores mas afamados para que le dijessen en qué lugar habia de nacer el Cristo, i ellos le respondieron: “En Belen, ciudad de la tribu de Judá, segun aquellas palabras del profeta Miquéas: “I tú, Belen, tú no eres la menor entre las principales ciudades de Judá, porque de tí saldrá el caudillo que ha de guiar a mi pueblo de Israel.”

Entónces Herodes hizo venir secretamente a los Magos i les preguntó con mucho cuidado qué tiempo hacia que les habia aparecido la estrella. Los Magos se lo dijeron al momento, sin rodeo alguno, i él los envió a Belen diciéndoles: “Id e informaos exactamente de ese niño, i cuando lo hayáis visto, hacedme saber para que vaya yo tambien a adorarle.” Estas palabras eran un artificio con que encubria sus criminales intenciones, porque habia resuelto buscar en secreto al niño para darle la muerte.

Los Magos se pusieron en camino para la ciudad de Belen, situada a pocas leguas de distancia de la capital. Repentinamente se disiparon las nubes que cubrian al cielo, i la estrella que habian visto en el Oriente volvió a brillar en el firmamento tan bella i resplandeciente como nunca. Aquel astro parecia caminar delante de ellos, i al fin se detuvo sobre la casa que habitaba María con el niño, como si quisiera decirles: “Aquí es.” Al reconocer los Magos su estrella, se sintieron trasportados de gozo, i entrando en la casa, encontraron en ella a Jesus i a María, su madre. Al punto se prosternaron i le adoraron, i abriendo sus tesoros le ofrecieron dones de oro, incienso i mirra: dones misteriosos, pues en el oro le daban tributo como a Rei; en el incienso le adoraban como a Dios, i en la mirra, que servia para embalsamar los cuerpos, reconocian que era Hombre i que como tal estaba sometido al imperio de la muerte.

Los Magos se proponian volver el dia siguiente al amanecer al palacio del rei Herodes para instruirle del resultado de sus averiguaciones; pero Dios, que conocia la intencion del rei, previno a estos hombres piadosos, por medio

de un sueño, que no volviesen a ver a Herodes. Obedientes a las órdenes del cielo i cantando alabanzas al Eterno, regresaron a su pais por diverso camino.

9. Fuga a Egipto.—Herodes aguardaba con impaciencia la vuelta de los Magos, i viendo al fin que no volvían, ordenó que en Belen i en todo el pais circunvecino se diese muerte a todos los niños varones de dos años para abajo. Por esta orden cruel pensaba entregar a una muerte segura al niño que le causaba tan viva inquietud. Pero Dios conoce todos los designios de los hombres i sabe desbaratarlos. Un ángel del Señor apareció a José mientras dormía i le dijo: “Levántate, sal con el niño i su madre, i huye a Egipto, porque Herodes busca al niño para hacerle morir.”

José se levantó, salió con el niño i su madre, i durante la noche se fugó con ellos a Egipto. Mucho debió costarles abandonar así a su patria; pero sabian obedecer sin murmurar la voluntad del Señor i se pusieron en camino llenos de confianza en aquel que vela sobre la inocencia para protegerla.

El niño Jesus llegó felizmente a Egipto. Los asesinos mandados por Herodes cayeron de improviso sobre Belen i penetraron en todas las casas a mano armada. Centenares de niños inocentes fueron arrancados de los brazos de sus madres i asesinados sin piedad. Por todas partes se oían los gritos de las víctimas i los jemitos de las madres desconsoladas, para que se cumpliese aquella profecía del profeta Jeremías: “Se ha oído una voz en Rama¹, grandes lamentaciones i grandes gritos. Es Raquel que llora sus hijos, i no quiere ser consolada, porque ya no existen.”

El cruel Herodes creía de este modo haber asegurado su corona. Mas ¡cuan engañado estaba! El niño Jesus vivía en Egipto al abrigo de su furor, i pocos años despues de esta bárbara acción Herodes perdió el trono i la vida.

Muerto Herodes, el ángel del Señor apareció a José en un sueño i le dijo: “Levántate, toma el niño, i vuelve con su madre a la tierra de Israel, porque muertos son los que querían quitarle la vida.”

En el momento tomaron el camino de su patria, i habiendo llegado a la frontera del pais de Israel, i sabiendo José que Arquelao reinaba en lugar de Herodes, i advertido ademas por un ángel, se retiró a Nazareth, pequeña ciudad de Galilea, porque temía que Arquelao, heredero del trono de su padre, lo fuese tambien de su crueldad.

José i María, despues de una larga ausencia, volvieron a la ciudad de Nazareth, su patria común. Allí se establecieron i vivieron felices i tranquilos, manteniéndose con el trabajo de sus manos i educando con mucho cuidado al niño que Dios les habia confiado.

Detengámonos aquí, hijos míos, i contemplemos por un instante el espectáculo encantador que nos presenta el interior de esta santa familia. ¡Qué cosa mas interesante que ver a Jesus, el criador del cielo i de la tierra; a María, la madre de Dios i la mas pura de las criaturas, i a José, que por su santidad habia merecido guardar i hacer las veces de padre al niño Jesus; ¡qué cosa mas tierna, digo, que verlos vivir en el retiro i en la oscuridad, lejos de un mundo indigno de poseerlos i de conocerlos, amándose mutuamente, entregándose a la práctica de todas las virtudes i glorificando así al Padre Celestial! ¡Oh! ¡cuánto seria de desear que fuese éste el modelo de todas las familias cristianas i que todas se empeñasen en imitar a Jesus, María i José! La tierra nos haría gozar anticipadamente todas las delicias del paraíso.

¹ Rama es un pueblo de la Palestina

10. El niño Jesus en el Templo.—Jesus crecia i se fortificaba en la casa de sus padres, en Nazareth. La gracia celestial brillaba en él; desde su infancia anunciaba una sabiduría divina. Su padre i su madre iban todos los años a Jerusalem a la fiesta de Pascua, segun lo prescribia la Lei de los israelitas; i cuando Jesus llegó a la edad de doce años, le llevaron consigo. Seguíanlos él lleno de júbilo; pero su emoción creció al divisar a lo lejos la Ciudad Santa i el Templo que la dominaba. Esta era la primera vez que se encaminaba hácia ella. Un recojimiento profundo i la meditacion de las órdenes de su Padre Celestial, que él estaba encargado de enseñar a los hombres, absorbían enteramente su espíritu. Dos días de fiesta habian transcurrido ya, i Jesus permanecia en Jerusalem, i el Templo era el lugar que visitaba con preferencia a todos los otros.

Sus padres habian vuelto a tomar el camino de Nazareth, i mui luego echaron de ménos a Jesus; pero imaginándose que habria seguido a otros compañeros de viaje, se tranquilizaron i continuaron su camino. Hácia la caida del sol, habiendo llegado a la posada donde pensaban pasar la noche, le buscaron entre sus parientes i demás conocidos. Pero ¡cuál debió ser su inquietud al ver que no se encontraba allí i que nadie sabia darles razón de él! Conocian la obediencia de su hijo, que jamas se habia separado de ellos sin haber antes obtenido permiso, por lo que, ajitados de mortales agonías, volvieron inmediatamente sobre sus pasos, i habiendo llegado a Jerusalem, despues de una jornada de camino que pareció en extremo larga a su inquieta solicitud, preguntaron por él, aunque en vano, por toda la ciudad. Por todas partes buscaban las huellas del divino niño, pero ¿cómo encontrarlo en medio de la confusion causada necesariamente por la reunion de tantos millares de hombres, en una ciudad que les era casi desconocida?

Empezaba ya a pasarse el tercer dia en esta infructuosa investigacion, aumentando su ansiedad cada nuevo instante que transcurria. En fin, fueron al Templo, i allí divisaron al niño Jesus, sentado en medio de los doctores, escuchándolos, interrogándolos i respondiendo a sus preguntas. Todos se agolpaban alrededor para oírle; todos los ojos estaban fijos en él; cada una de sus palabras era encomendada a la memoria, i cuantos le oían quedaban trasportados de admiracion i encantados con la sabiduría de sus respuestas.

Conmovida todavía por la inquietud que la había ajitado, le dijo con ternura su madre: “¿Por qué has hecho esto con nosotros? Hé aquí que tu padre i yo te buscábamos aflijidos.” Jesus respondió: “¿Para qué me buscabais? ¿No sabeis que es preciso que yo me ocupe en las cosas que conciernen a mi padre?” María, que penetraba sin duda el sublime sentido de estas palabras, las conservó profundamente grabadas en su corazon.

Dejando a Jerusalem, volvió Jesus a la pacífica i humilde casilla que habitaban sus padres en Nazareth, donde pasó toda su juventud.

Seguid, hijos míos, su noble ejemplo; sírvaos de modelo la historia de su infancia, contenida en estas pocas palabras: “Jesus era sumiso a sus padres; crecia en sabiduría, en edad i en gracia delante de Dios i de los hombres.”

Niños: haceos semejantes a él, pues podeis serlo. Seguid sus huellas; a él solo debeis tomar por modelo.

11. Juan Bautista, en el desierto.—Se aproximaba el tiempo en que Jesucristo iba a manifestarse a los ojos de los hombres como libertador del jénero humano, i al emprender su grande obra, Juan debia preparar los corazones de los israelitas a la venida del Salvador.

Hasta entónces había llevado Juan una vida tranquila i retirada, pasando su juventud en la soledad del desierto, ocupado en prepararse al ministerio que debía serle encomendado. Una órden de Dios le mandó principiar su predicacion, i dejando su retiro, se acercó a las orillas del Jordán.

Llevaba un vestido grosero de pelos de camello, i una cintura de cuero ceñía sus lomos. No probaba otro alimento que el que encontraba en aquellas soledades, el cual consistia principalmente en langostas i miel silvestre; saciaba su sed con el agua pura de los arroyos, i le servia de morada una caverna en medio de las rocas.

Empezó, pues, a predicar públicamente a orillas del Jordán, diciendo: “Haced penitencia, porque el reino de los cielos se acerca:” tal era el resumen de su predicacion. Bautizaba en las aguas del rio a todos aquellos que, penetrados de la conciencia de sus culpas, le escuchaban con firme propósito de corregirse. Este bautismo era una ceremonia relijiosa por la cual se hacia profesion de abrazar la penitencia: no daba la remision de los pecados, mas la preparaba por medio de la penitencia que debía seguirse i disponer las almas para el bautismo de Jesucristo, por solo el cual se purifica el alma pecadora.

Aun ahora mismo el reino de los cielos está cercano para aquel que se esfuerza seriamente en, mejorar su alma. Las predicaciones de Juan Bautista tuvieron mucha fama en el pais. No solamente los que habitaban las orillas del Jordán, sino todo Jerusalem i aun la Judea entera, salieron al desierto para escucharle. Todo el pueblo corria en tropel para confesar sus pecados i recibir el bautismo. Sin embargo, en medio de ésta multitud de hombres que se arrepentian sinceramente, vió el santo profeta fariseos hipócritas i supersticiosos, i aun saduceos incrédulos. Juan leyó en sus corazones corrompidos i percibió que no era el sentimiento de una verdadera penitencia lo que los llevaba: a él. Dirijiéndoles, pues, la palabra, les dijo con severidad: “Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la cólera venidera? Haced, pues, frutos dignos de penitencia, i no vayáis a decir dentro de vosotros mismos: Abraham es nuestro padre, porque yo os declaro que Dios puede hacer que de estas mismas piedras nazcan hijos de Abraham. No penseis que el temor de destruir la posteridad de nuestro santo patriarca i de no cumplir las promesas que le ha hecho, le arredre el castigaros como mereceis.

“El hacha está puesta ya a la raíz de los árboles, todo árbol que no produzca buenos frutos va a ser cortado i echado al fuego.”

Un gran número de personas de entre la muchedumbre, movida por sus discursos i deseosas de convertirse, le preguntaron: “¿Qué debemos hacer, pues, para producir buenos frutos?” Juan respondió: “El que tenga, dos vestidos, dé uno de ellos al que no tenga ninguno.” Hubo tambien publicanos i soldados que le dijeron: “I nosotros, maestro, ¿qué haremos?” Juan respondió a los publicanos: “No exijais nada mas de lo que os ha sido ordenado,” i a los soldados: “No maltrateis, no acuseis a nadie falsamente; contentaos con vuestra paga.”

Conmovido el pueblo por la fuerza i la verdad de sus discursos, deseaba con ardor la venida del Mesías. Por un momento creyó que Juan mismo era el Cristo, mas el profeta dijo en presencia de todos: “Vendrá otro mas poderoso que yo, a quien no soi digno ni aun de desatar la correa de sus zapatos. Yo os bautizo con agua a fin de prepararos a la penitencia; mas él os bautizará en Espíritu Santo i en fuego.

“Tiene el bieldo en mano i limpiará su éra; juntará el trigo en su granero; mas quemará la paja en un fuego que no se apagará jamas.”

12. Bautismo de Jesus i su mansion en el desierto.—Miéntras que todo el pueblo, acudia para hacerse bautizar, Jesus tambien dejó a Nazareth i vino a buscar a Juan, a las orillas del Jordan, para recibir sobre su divina frente aquella agua humillante que solo debia correr sobre la frente de los pecadores. Mas Juan, deteniendo a Jesus en el momento que éste iba a descender al rio, le dijo: “Yo soi quien debe ser bautizado por tí, ¿i tú vienes a mi?” Jesus respondió: “No me hagas resistencia, porque así es como debemos cumplir toda justicia.” Juan, oidas estas palabras, dejó de oponerse i bautizó a Jesus en las aguas del Jordán; i cuando Jesus hubo recibido el bautismo, salió del agua i se puso a orar. En aquel instante los cielos se abrieron i sonó la voz del Padre Eterno, diciendo: “Ved ahí a mi Hijo mui amado, en quien tengo todas mis complacencias.” I a fin de que nadie dudase que era a Jesus a quien se dirijia este glorioso testimonio, el Espíritu Santo descendió visiblemente sobre su cabeza bajo la forma de una paloma.

De este modo fué Jesus reconocido solemnemente como Hijo de Dios i así testificó su Padre Celestial la divinidad de su misión. Despues de esto, Jesus, por inspiración del Espíritu Santo, se retiró a lo mas escondido del desierto, donde solo veia en torno rocas escarpadas i montañas áridas. En esta soledad pasó cuarenta dias i cuarenta noches entregado a la oración, la contemplación i el ayuno.

Al cabo de este espacio de tiempo tuvo hambre; el tentador vino a buscarle en el desierto, i aproximándose a él, le dijo: “Si eres el Hijo de Dios, ordena que estas piedras se conviertan en pan.” Jesus le respondió: “Escrito está: el hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.”

Satanas quiso tentarle de otra manera. Condujo a Jesus a Jerusalem i lo colocó en lo alto del Templo. Desde allí podía divisarse a una profundidad espantosa todo el recinto de aquella inmensa ciudad. Satanás le dijo: “Si eres el Hijo de Dios, arrójate abajo; porque escrito está: ordenará a sus ángeles que velen sobre tí i te sostengan en sus brazos para que no tropieces en piedra con tu pie.” Atento Jesus a la voluntad de su Padre, rechazó esta nueva tentación i repuso: “No tentarás al Señor tu Dios.”

Arriesgar temerariamente su vida i precipitarse sin causa en el peligro, contando con la asistencia de Dios, es tentar a la Divinidad.

Satanas no quedó satisfecho, i quiso todavía suscitar una tercera tentacion.

Trasportó a Jesus a la cumbre de un monte elevado, desde donde se divisaban inmensos reinos, i haciendo observar a Jesus aquel magnífico espectáculo, le dijo: “Yo te daré todo lo que ves, si prosternándote delante de mí me adoras.” Jesus entónces, con una majestuosa indignacion, le contestó: “Retírate, Satanás, porque escrito está: Adorarás al Señor tu Dios i a él solo servirás.” Aterrado con estas palabras, se retiró Satanás, i se acercaron a Jesus los ángeles i le sirvieron.

Nosotros tambien, llenos de confianza en las palabras del Señor, debemos vencer todas las tentaciones que nos asalten, como podemos fácilmente conseguirlo con el auxilio de la gracia divina, porque Dios no permite que seamos nunca tentados mas allá de lo que consienten nuestras fuerzas. Siguiendo, pues, el ejemplo de Jesus, nuestro Salvador i nuestro modelo,

rechacemos jenerosamente todas las pérfidas insinuaciones del enemigo de nuestra salud; combatámosle con las armas que nos suministra la Fe, i entónces seremos dignos de llevar el nombre de discípulos del Señor.

13. Juan reconoce por segunda vez a Jesus por el Salvador del Mundo. Primeros Discípulos del Señor.—Abandonando Jesus el desierto, se aproximó a las orillas del Jordán, donde encontró a Juan rodeado de una multitud de jentes. Viéndole venir, Juan Bautista exclamó lleno de alegría:

“Ved aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del Mundo. De quien decia yo: uno viene en pos de mí, que es superior a mí, porque es mas grande que yo.”

El dia siguiente lo pasó todavía Jesus cerca de las orillas del Jordán: Juan le tributó un nuevo testimonio, repitiendo las mismas palabras.

Dos discípulos de Juan deseaban mucho conocer a Jesus mas particularmente, i le siguieron a alguna distancia, contenidos por su timidez, por lo que, viéndolos Jesus aproximarse con un aire de turbacion, se volvió a ellos i les dijo benignamente: “¿Qué andáis buscando?” Ellos dijeron: “Señor, ¿dónde vivís?” “Venid i ved,” les contestó el Señor lleno de bondad. Penetrados del mas vivo placer le siguieron i pasaron el dia entero con él. Uno de estos discípulos se llamaba Juan, el otro Andres, i ambos fueron despues apóstoles de Jesus i colocados en el número de sus mas queridos amigos.

Andres tenia un hermano llamado Simon, a quien se apresuró a participar la feliz nueva. “Hemos encontrado al Mesias,” le dijo, i le llevó donde estaba Jesus. El Señor, para manifestarle que penetraba el fondo de su corazon, le dijo: “Tú eres Simón, hijo de Jonas; mas desde este momento te llamarás Pedro, es decir, firme como piedra.” Tales fueron las palabras con las cuales recibió Jesus a Pedro en el número de sus discípulos, i desde este momento no se separó jamas de El.

Al dia siguiente, queriendo Jesus irse a Galilea, encontró a Felipe. Lo mas hondo de los corazones se manifestaba a Jesucristo: calaba los pensamientos mas secretos i los deseos ocultos de los que se acercaban a El. Reconociendo en Felipe un corazon recto, le dijo: “Sígueme;” i Felipe, atraido por la bondad divina del Señor, siguió sus pasos.

Tenia Felipe un amigo llamado Nataniel, cuyo corazon estaba poseido de una piedad sincera de ardiente deseo de conocer al Salvador. Felipe fué luego a buscarle, a la sazón que Nataniel se habia recostado por algún tiempo a la sombra de una higuera. Parece que este momento fué para él de una gran importancia, aunque la historia no dice el motivo. Probablemente hizo allí fervientes oraciones a Dios; quizá le pidió en ellas que le enseñase a conocer al Salvador.

Apenas se apartaba Nataniel de su higuera, cuando divisó a Felipe que venia hacia él, el cual, desde que alcanzó a ver a su amigo, exclamó lleno de alegría: “Acabamos de encontrar a aquel que ha sido anunciado por Moisés i los profetas: es Jesus de Nazareth, hijo de José.” Nataniel, cediendo irreflexivamente a una preocupacion vulgar de los judíos, dijo: “Qué cosa buena puede venir de Nazareth” “Ven i ve,” respondió Felipe, i Nataniel le siguió inmediatamente para convencerse por sus propios ojos.

Viendo Jesus venir a Nataniel dijo: “Hé aquí un verdadero israelita, sin artificio i sin disfraz.” Sorprendido Nataniel, le preguntó: “¿Dónde me has conocido?” Jesus, clavando en Nataniel una mirada que debió penetrar hasta el fondo de su corazon, le dijo: “Antes que Felipe te llamase, te habia yo visto a la

sombra de la higuera.” Nataniel, persuadido de que solo Dios podia haberle visto en aquel lugar, exclamó transportado por un santo júbilo: “Maestro, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el rei de Israel.” “Porque te dije que te habia visto debajo de la higuera has creido, contestó Jesus; cosas mucho mas grandes verás aun. En verdad, en verdad os digo, que vereis abiertos los cielos i los Anjeles de Dios subir i bajar sobre el Hijo del Hombre.” *Hijo del Hombre*, era el nombre que mas agradaba a Jesus, aunque era Dios; sin duda para enseñarnos con su ejemplo a ser humildes i para recordarnos el amor infinito que le indujo a revestirse de la naturaleza humana a fin de salvarnos.

14. Bodas de Caná.— Tres días despues se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, a las cuales asistió María, porque los novios eran parientes o al menos conocidos suyos. Jesus se encontraba a la sazón en Caná, i fué convidado a las bodas con sus discípulos, que, como El, aceptaron el convite. Segun todas las apariencias, los novios no eran ricos, pues llegó a faltar el vino. Notólo la madre de Jesus, i envió un recado a su hijo, diciendo: “No hai vino.” El Señor le respondió: “Mujer, ¿qué tenemos de común tú i yo? Aun no ha llegado mi hora.” Esta respuesta de Jesus a su madre parece a la verdad severa; pero es de presumir que el tono de voz que la acompañaba dulcificaria su amar. Así María no mostró turbacion; mas, avisada por el espíritu de Dios, que le hacia oír interiormente que Jesus habia aceptado su ruego, dijo a los que servian: “Haced todo lo que El mandare.”

Habia en la sala del festin seis vasos grandes de piedra, destinados a recibir el agua para las purificaciones, que estaban en uso entre los judíos; cada uno de éstos contenía dos o tres cántaros.

Jesus dijo a los sirvientes: “Llenad de agua esos vasos.” Dos sirvientes obedecieron, i Jesus añadió: “Sacad ahora i llevad al mayordomo;” i lo hicieron así. El mayordomo probó lo que le mandaban i halló que era un vino exquisito; no sabiendo de dónde venia, llamó al esposo i le dijo: “Todo hombre sirve primero del buen vino, i despues que se ha bebido bastante, distribuye el inferior; pero tú has reservado el buen vino basta ahora.”

Todos los convidados supieron lo que acababa de pasar, i quedaron sobrecojidos de admiración a la vista de tan gran maravilla, reconociendo que era el Hijo de Dios el que estaba sentado a la mesa con ellos. Este fué el primer milagro público de Jesucristo.

¡Cuan patente se muestra en El su bondad infinita i su gloria divina!

15. Jesus en el Templo.—Aproximábase la fiesta da Pascua, i millares de hombres, todos los israelitas del pais, i aun extranjeros i jentiles en gran número, acudian de los pueblos i reinos vecinos a adorar a Dios en el Templo de Jerusalem. Jesus quiso tambien asistir a esta fiesta solemne.

El edificio del Templo era la cosa mas magnífica: tres grandes atrios conducian a su interior: el primero estaba abierto a los jentiles; mas poco a poco llegó a convertirse en un mercado público, donde, sin miramiento alguno a la dignidad de aquel santo lugar, se ponian en venta los animales destinados a los sacrificios.

Jesus vió al entrar el tumulto causado por aquella multitud de hombres i de animales, el gran número de personas que vendian ganado vacuno, ovejas i palomas, como tambien los cambistas que estaban sentados a sus mesas. Ofendido con el espectáculo de esta profanacion del lugar santo, animado de un celo divino por la gloria de su Padre, se llenó de santa indignacion, i echando mano a unos cordeles de los que allí se vendian, hizo de ellos un

látigo, arrojó del Templo a todos aquellos mercaderes con sus bueyes i sus corderos; en seguida volcó las mesas de los cambistas i derramó por el suelo su dinero; i a los que vendian palomas les dijo: “Quitad todo esto de aquí i no hagáis de la casa de mi padre un lugar de tráfico.” Todos huyeron llenos de un profundo respeto, sin que hubiese uno solo que se atreviese a resistirle; con lo que en mui pocos instantes quedó aquel grande atrio enteramente despejado, i el silencio solemne que convenia a la santidad del lugar no fué en adelante turbado, tan grande era el poder que Jesus ejercía aun sobre hombres groseros, i tal la majestad divina que brillaba en sus ojos. Fué ésta su primera acción pública, i ya se dejaba ver suficientemente por ella cuál era el objeto de su venida al Mundo.

Pero mui luego vinieron los sacerdotes a turbarle en sus meditaciones relijiosas. Algunos de ellos se acercaron a El i le dijeron: “¿Qué señal nos das con que nos convenzamos de que tienes derecho para hacer estas cosas?” A lo que Jesus contestó con estas palabras notables: “Destruid este Templo i yo lo reedificaré en tres días.” Jesus hablaba de su cuerpo, al que con razón llamaba el Templo de Dios. Mas los sacerdotes, no comprendiendo el sentido de sus palabras i creyendo que hablaba del Templo fabricado de piedras, le replicaron en tono de desprecio: “Cuarenta i seis años se emplearon en edificar este Templo, i tú lo reedificarás en tres dias?” I con esto le dejaron descontento.

Cuando Jesus hablaba de la destruccion del Templo, hacia alusión a su muerte; cuando dijo que lo reedificaria en tres dias, quiso significar su resurreccion. Interpretadas de este modo, ¡cuán verdaderas son sus palabras!

16. Jesus en la fuente de Jacob.—Jesus salió de Jerusalem para volver a Nazareth; en su viaje tuvo que atravesar el pais de Samaria, Habiendo llegado a Sichas, ciudad que antiguamente se llamaba Sichem, i donde Jacob habia hecho en otro tiempo cavar un pozo, fatigado del camino, se sentó allí cerca. Sus discípulos le dejaron en aquel lugar para ir a la ciudad en busca de alimentos, i miéntras que allí permanecia solo, vino una mujer samaritana a sacar agua del pozo. Todos los judíos tenian un odio inveterado contra los habitantes del pais de Samaria; nunca se saludaban unos a otros, i por nada del mundo hubieran querido beber en un mismo vaso. Jesus desaprobaba este rencor: su corazon amoroso condenaba el error i el pecado, mas no por eso odiaba a los extraviados pecadores. Dijo, pues, con bondad a la mujer: “Dame un poco de agua.” Sorprendida ella de verse tratada con tanta atencion, le dijo: “¿Es posible que tú, siendo judío, me pidas agua?” A lo que Jesus respondió: “Si conocieras al que te habla, tú se la pedirias a Él, i Él te daria agua viva.”

La mujer, que no alcanzaba a comprender lo que estas palabras querian decir, replicó: Pero tú no tienes nada con qué sacar el agua, i el pozo es profundo. ¿O eres tú mas grande que nuestro padre Jacob, que bebió de este pozo?”

Jesus continuó su comparación diciendo: “Cualquiera que beba de esa agua volverá a tener sed despues; mas el que beba del agua que yo le diere no sentirá sed jamas; porque el agua que yo le dé será en él una fuente que brotará hasta en la vida eterna.”

El sentido de estas palabras es este: Así como el hombre sediento gusta de una bebida refrijerante, así todo hombre que está enteramente corrompido experimenta interiormente el deseo de hacerse bueno, sensato i feliz. Jesus nos promete apagar esta sed del alma por su espíritu. Quiere abrir en nuestros

corazones una fuente inagotable de verdad, de santificación i de felicidad. ¿Qué más podríamos desear?

Jesus hizo ver en seguida a aquella mujer que le era conocido el secreto más íntimo de su corazón. Llenóse ella de espanto al ver que un extranjero sabía sus pecados; parecióle encontrarse ya delante del tribunal del Dios de la verdad, i penetrada de vergüenza i arrepentimiento, exclamó: “Señor: eres sin duda un profeta.” Jesus leyó en su corazón, i reconociendo un arrepentimiento sincero, no le dirigió otras reprensiones severas.

Todavía le dijo esta mujer: “Nuestros padres han adorado a Dios sobre esta montaña i vosotros los judíos decís que Jerusalén es el punto donde debe adorársele. ¿Quién de nosotros tiene razón?”

Jesus le respondió: “Créeme, mujer ha llegado el tiempo en que ya no adorareis al Padre, ni sobre esta montaña, ni en Jerusalén. Vosotros adorais lo que no conocéis, i nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salud viene de los judíos: mas llega ya el tiempo, o por mejor decir, ha llegado, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre *en espíritu i en verdad*. Esto es lo que quiere el Padre, porque Dios es Espíritu.”

¡Qué lección tan importante! El alma del hombre es el verdadero templo de la divinidad i el fondo de nuestro corazón el lugar donde debemos adorar a Dios, que está presente en todas partes. Es preciso que estemos íntimamente convencidos de que las palabras que nuestra boca pronunció, nuestra razón debe conocerlas, nuestro corazón sentir las, nuestras acciones ponerlas en práctica. Cualquiera otra adoración es hipocresía.

La Samaritana, conmovida, añadió aun: “Yo sé que el Mesías ha de venir; cuando haya venido nos anunciará todas las cosas.” Jesus le respondió: “Yo, que te hablo, yo soy el Mesías.” La Samaritana, fuera de sí misma, dejando allí su cántaro, se volvió a la ciudad para hacer partícipes de su alegría a todos sus habitantes.

Esta mujer fué la primera persona que tuvo la felicidad, de oír de la misma boca de Jesucristo que era Él el Mesías.

Mientras que Jesus hablaba con la Samaritana, volvieron sus discípulos con los víveres que habían comprado i los ofrecieron a Jesus, mas Él les respondió: “Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió.”

Jesus renunciaba a todo por cumplir la voluntad de su Padre Celestial. Los que quieran llevar el nombre de discípulos suyos deben seguir su ejemplo.

Al oír los habitantes de Sichar la relación de la Samaritana, acudieron a la presencia del Señor i le rogaron que tuviese a bien entrar en su ciudad. Jesus, que siempre estaba dispuesto a acoger con bondad las peticiones justas de los hombres, consintió en pasar dos días en medio de ellos, revelándoles las verdades divinas i muchos creyeron en Él.

Bienaventurados aquellos que llenos de amor i de obediencia creen en Jesus, aun sin haberle visto.

17. Jesus predica por la primera vez en Nazareth.—Jesus volvió a Nazareth, donde había pasado su infancia i su juventud. Según su costumbre, entró en la Sinagoga el día sábado, i cuando todos estuvieron reunidos levantóse para anunciar que quería leer, como allí solía hacerse. Le presentaron en el momento el libro de que se servían en aquel día, que era el de las profecías de Isaías, i habiéndolo abierto, encontró en él un pasaje de la más alta importancia. Leyó, pues, en alta voz las palabras siguientes:

“El Espíritu del Señor está sobre mí; por esto me ha consagrado con su unión; me ha enviado para predicar el Evangelio a los pobres, para curar a los que tienen quebrado el corazón, para anunciar a los cautivos redención i a los ciegos vista, para poner en libertad a los oprimidos i para publicar el año favorable del Señor.”

Habiendo acabado de leer, cerró el libro, lo entregó al ministro i se sentó. Todos los asistentes a la Sinagoga tenían los ojos fijos en él. Jesus principió así: “La escritura que acabáis de oír se ha cumplido ya” i les dio prueba de ello en un estenso discurso.

Pensad, hijos míos, en todo lo grande i lo importante que encierran aquellas palabras del profeta. ¡Cuánto debemos a Jesus, pues que puede i quiere cumplir todo lo que ellas nos anuncian! De Jesus es de quien habla el profeta, porque Él es quien nos libra de nuestros pecados, como lo tiene probado por sus palabras i por sus hechos.

Todos oían con religiosa admiración las palabras llenas de gracia que salían de su boca, Mas no tardaron en levantarse celos en sus almas; decíanse a sí mismos: “¿Cómo siendo tan pobre quiere hacerse tan grande? Si puede algo, que se ayude a sí mismo i a los suyos.”

Jesus penetró sus pensamientos i les esplicó por qué no podía hacer milagros en su presencia, añadiendo: “Ningún profeta fué bien recibido en su patria. En tiempo de Elias, durante la grande hambre, había muchas viudas necesitadas en Israel; i con todo eso, Elias fué enviado a una sola casa, la de una viuda de Sarepta. Del mismo modo, en tiempo del profeta Eliseo había muchos leprosos en Israel, i ninguno de ellos fué curado, sino solamente Naaman el Sirio.”

Todos se llenaron de indignación al oírle hablar así, i no queriendo dejarle continuar, se levantaron en tumulto, se asieron de él, le echaron de la ciudad, i arrastrándole en seguida hasta la cumbre del monte en que está edificada Sichar, quisieron precipitarlo. Tocaba ya Jesus la orilla del abismo, cuando volviéndose repentinamente pasó por medio de ellos con tanta calma i tanta dignidad, que todos permanecieron turbados e inmóviles. Así desecharon su salvación aquellos malos nazarenos.

18. Pesca milagrosa—Un día que Jesus estaba a orillas del lago de Genzareth se encontró por la multitud que se precipitaba a verle i oírle. Dos barcas estaban amarradas a la ribera, una de las cuales pertenecía a Pedro i a su hermano Andres, i la otra a Juan y a Santiago, su hermano. Los cuatro acababan de salir de ella i se ocupaban en remendar sus redes. Jesus entró en la barca de Pedro i le suplicó amigablemente que se separase un poco de la orilla. Pedro condescendió gustoso, i cuando Jesus se hubo sentado en la barca enseñaba desde allí al pueblo que le escuchaba desde la ribera. Cuando acabó de hablar, dijo a Pedro: “Hazte lago adentro i tira tus redes para pescar.” Pedro le contestó: “Maestro, hemos trabajado toda la noche i no hemos sacado nada; sin embargo, sobre tu palabra echaré las redes.”

Pedro i su hermano se hicieron lago adentro y echaron sus redes, i tan grande cantidad de peces cogieron que se rompieron las redes, por lo cual hicieron señas a sus compañeros de la otra barca para que viniesen a ayudarles; i habiendo venido éstos, llenaron las dos barcas hasta tal punto que ya se hundían. Viendo esto Pedro se sobrecojió de un santo temor, i echándose a los pies de Jesus, le dijo: “Señor, retírate de mí, porque yo soi un hombre pecador.” Jesus le contestó: “No temas, tu empleo será en adelante

pescar hombres,” es decir, traer millares de ellos al reino de Dios. En seguida, dirigiéndose a los otros que estaban sobrecojidos de la misma sorpresa, les dijo: “Seguidme, yo os haré pescadores de hombres.” Ellos, en efecto, habiendo sacado sus barcas a la ribera, abandonaron sus redes i todo lo que poseían para seguir a Jesus i no separarse mas de Él.

¡Qué grandeza divina, i al mismo tiempo, qué humanidad bondadosa se muestra en todas las acciones del Señor!

Jesús vino en seguida a Cafarnáun, que era la patria de Pedro i de Andres; Santiago i Juan le siguieron. La suegra de Pedro adolecia de fiebre: Pedro se lo dijo a Jesus i le suplicó que la aliviase.

El Señor fue a verla, tomóla benignamente de la mano, ordenó a la fiebre que saliese de ella i en el momento mismo quedó sana. Pudo ya levantarse, i penetrada de reconocimiento servia con solicitud a Jesus i a sus discípulos miéntras que estaban sentados a la mesa.

Mui luego fué sabido este suceso por toda la ciudad, i en la misma tarde trajeron gran número de enfermos delante de la casa de Pedro. Jesus les impuso las manos i cada uno de ellos, cualquiera que fuera la naturaleza de enfermedad, se vió en el mismo instante curado.

Desde entónces anduvo Jesus de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, predicando por todas partes i sanando enfermos. El asunto de sus discursos, sobre todo en los primeros tiempos, era: “Haced penitencia: el reino de los cielos se acerca.” Sus palabras todas estaban llenas de fuerza i de autoridad.

19. Sermon del monte.—Viéndose Jesus rodeado un dia de una multitud inmensa, subió a un monte i sentóse en él. Sus discípulos se colocaron a su lado i la multitud en la parte de abajo. Todos los ojos estaban fijos en Él, i reinaba el mas profundo silencio. Jesus enseñó al pueblo en estos términos:

“Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

“Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

“Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

“Bienaventurados los que han tambre i sed de justicia, porque ellos serán hartos.

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

“Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán a Dios.

“Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

“Bienaventurados los que padecen persecuciones por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

“Vosotros sereis felices cuando por causa mia os carguen de maldiciones, os persigan i calumnien. Regocijaos entónces i saltad de contento, porque una gran recompensa os está guardada en los cielos, porque así persiguieron tambien a los profetas que vinieron antes de vosotros.”

Entónces Jesus esplicó los Mandamientos de Dios i principalmente el del amor a todos los hombres, i dijo: “No penseis que he venido a derogar la Lei i los profetas: no he venido a derogarlos sino a cumplirlos. Porque en verdad, os digo que primero pasarán el Cielo i la tierra que deje de cumplirse en la Lei ni una sola letra., ni una sola tilde. Os digo que si vuestra justicia no se aventaja a la de los escribas i fariseos, no entrareis en el reino de los cielos.

“Habeis oído que fué dicho a los .antiguos: No matarás, i el que matare merecerá ser condenado por los jueces. Mas, yo os digo, que el que se enoja con su prójimo, le dice injurias o le trata con desprecio, ya es digno de condenacion.

“Si tú, pues, llevas tu ofrenda al altar, i allí te acuerdas que tu hermano ha recibido alguna ofensa de tí, deja tu ofrenda delante del altar i ve a concillarte primeramente con tu hermano, i despues de reconciliado, ven a ofrecer tu ofrenda.

“Ponte de acuerdo lo mas pronto posible con tu parte contraria, miéntras estés en camino de hacerlo, no sea que tu parte contraria te entregue al juez, i el juez al alguacil, i seas llevado a la cárcel. En verdad te digo que no saldrás de allí hasta que no pagues el último cuartillo.

“No resistais al mal que os quieran hacer, no os vengueis, no os querelleis. Al que te hiera en la mejilla derecha, preséntale tambien la izquierda; al que te ponga pleito por la túnica, abandónale tambien la capa, i al que quiera que le llesves una carga mil pasos, llévasela dos mil mas.

“Amad a vuestros amigos; haced bien a los que os aborrecen i rogad por los que os persigan i calumnien, para que seais los hijos de aquel Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre los buenos i sobre los malos, i hace llover para los justos i para los pecadores.

“Porque si solo amais a los que os aman, ¿cuál será vuestro mérito? ¿no hacen lo mismo los publicanos? i si vosotros no dais buena acogida sino a vuestros hermanos, ¿qué haceis de particular? ¿no hacen asi los paganos también?

“Sed, pues, perfectos, como vuestro Padre Celestial es perfecto.”

Jesus esplicó tambien otros mandamientos. Él nos enseña que no basta evitar la impureza; nos prohíbe la mirada inmodesta i los deseos corrompidos del corazon, tanto como las mismas acciones vergonzosas.

No basta que no quitemos nada a otros. Jesus dice: “Dad al menesteroso; no rehuséis lo que se os pida prestado.”

No basta que no demos falso testimonio ante la justicia, ni que no juremos en falso. Jesus dice ademas: “Sea vuestra palabra sí, sí, nó, nó.” Cada una de nuestras palabras debe ser la misma verdad.

Lo que Jesus dijo en la continuacion de su plática sobre la oracion i los demas ejercicios de piedad, es tambien mui notable.

“Cuidad de no hacer delante los hombres vuestras buenas obras, a fin de ser vistos de ellos; de otro modo no tendreis galardón de vuestro Padre que está en los cielos.

“I así, cuando deis limosna, no sepa vuestra mano izquierda lo que hace vuestra mano derecha. Sea vuestra limosna a escondidas, i vuestro Padre, que ve en lo escondido, os recompensará.

“Cuando ayuneis, lavaos la cara i no os pongais tristes como los hipócritas que se desfiguran para mostrar que ayunan: en verdad os digo que ese será su galardón. No aparezca a los hombres que estais ayunando, sino solo a vuestro Padre, que está en lo escondido, i vuestro Padre os recompensará.

“Del mismo modo, cuando oreis, entrad en vuestro aposento i cerrad la puerta; rogad a vuestro Padre que está en ese lugar secreto, i vuestro Padre os oirá.

“Cuando oreis, no useis de muchas palabras como los paganos que creen que serán escuchados hablando mucho. No los imiteis, ¡porque vuestro Padre sabe que teneis necesidad aun ántes que se lo pidáis.

“He aquí cómo debeis orar: Padre Nuestro que estás en los cielos, “santificado sea el tu nombre; venga a nos el tu reino; hágase tu voluntad, así en “la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada dia dánosle hoi; perdónanos “nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores; i no nos “dejes caer en tentacion; mas líbranos de mal. Así sea.”

“Porque si vosotros perdonais a los hombres sus ofensas, vuestro Padre Celestial os perdonará las vuestras; mas, si vosotros no perdonais a los hombres sus ofensas, vuestro Padre Celestial no os perdonará tampoco las vuestras.”

Jesus continúa su discurso, i, para advertencia i consuelo de todos los hombres, dice lo que sigue:

“No amontoneis tesoros en la tierra; mas haceos tesoros en el cielo, donde el orin no los consume, ni la polilla los roe i donde no hai ladrones que los roben. Porque, donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon. Vosotros no podeis servir a un tiempo a Dios i al ídolo de vuestras riquezas.

“Yo os digo: No os afaneis por la vida, por lo que hayais de comer o beber, ni por vuestro cuerpo o por lo que hayais de vestir, porque los jentiles se afanan por esas cosas i vuestro Padre Celestial sabe bien lo que necesitais. ¿No es mas el alma que el alimento, i el cuerpo mas que el vestido?

“Mirad las aves del cielo: no siembran ni cosechan, ni tienen graneros, i, sin embargo, vuestro Padre Celestial las alimenta. ¿No valeis vosotros mucho mas que ellas? Mirad los lirios del campo, que no trabajan ni hilan. Pues yo os digo que Salomon, en toda su gloria, jamas tuvo vestido como uno de ellos. Si, pues, Dios así viste la yerba de los campos, que hoi es i mañana va al fuego, ¿no os vestirá mejor a vosotros, hombres de poca fe?

“Buscad, pues, primero el reino de Dios i su justicia, i todas las cosas os serán dadas por añadidura. No andeis acongojados por el dia de mañana, que el dia de mañana harto cuidado traerá por sí. Bástale ya a cada dia su propio afán.

“Pedid i os será dado; buscad i hallareis; tocad a la puerta i os la abrirán.”

Jesus agregó todavía estas palabras instructivas i animadoras:

“Con el juicio con que juzgareis sereis juzgados, i con la medida con que medireis sereis medidos. ¿Por qué ves la pajita en el ojo de tu hermano i no ves la viga en el tuyo?

“Como quereis que los hombres os traten, tratadlos a ellos; porque esa es la Lei i los Profetas.

“Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta de perdicion i espacioso el camino que a ella conduce, i muchos hai que entran por ella. Mas, ¡qué angosta i qué estrecha es la senda que conduce a la vida, i cuan pocos atinan con ella!

“Guardaos de los falsos profetas, de los seductores que vienen a vosotros con pieles de ovejas i por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis.

“No todos los que me dicen: ¡Señor! ¡Señor! entrarán en el reino de los cielos, sino aquel que hace la voluntad de mi Padre Celestial. A los otros les diré yo en el día del juicio: ¡Retiraos de mí los que haceis obra de iniquidad!

“El que oye mis palabras i las cumple, será como el barón prudente que edificó su casa sobre piedra: cayó lluvia, i soplaron vientos, i dieron impetuosamente sobre aquella casa i no la derribaron, porque estaba fundada sobre piedra. Mas el que oye estas mis palabras i no las cumple, es como el hombre insensato que edificó su casa sobre arena; que vino lluvia, i salieron de madre los rios, i soplaron vientos i estremecieron aquella casa, i cayó i fué grande su ruina.” Habiendo concluido Jesus este discurso, quedaron las jentes maravilladas de sus doctrinas: jamas habían oido enseñar así. Todo el pueblo guardaba un respetuoso silencio; un relijioso temor se apoderó de él.

A nosotros tambien nos dirije Jesus estas lecciones. ¡Bienaventurado aquel que hace de ellas la norma de su conducta! No nos basta conocer su doctrina, es preciso tambien que nuestras acciones se conformen con ellas, porque de esta conformidad de nuestras acciones con los preceptos del Evangelio depende nuestra salvación.

20. La hija de Jairo i la mujer enferma.—Jesus se hallaba en casa de Mateo, a quien acababa de admitir en el número de sus discípulos. Le habia visto sentado en la oficina de los impuestos, i reconociéndole por un hombre piadoso i sincero, le dijo: “Sigúeme.”

Miéntras Jesus conversaba allí con sus discípulos, se acercó a Él uno de los principales de la Sinagoga, llamado Jairo, cuya hija, que tenia doce años de edad, quedaba agonizando. Jairo, echándose a los pies de Jesus, le dijo en tono de súplica: “Mi hija acaba de morir; pero ven a imponerle las manos i vivirá.” Jesus le levantó del suelo i le siguió con sus discípulos. Una multitud inmensa se le agolpaba alrededor, i en el camino se le acercó por detras una mujer que estaba enferma hacia dos años, i habiendo consultado en vano a muchos médicos i gastado cuanto tenia en curarse, empeoraba cada dia. Figurábase no haber sido vista; pero ¿cómo era posible ocultar nada a Jesus, al mismo que, penetrando sus intenciones, habia querido socorrerla? Acércasele, pues, por detras i tocóle solamente la orla del vestido, i en el instante mismo se sintió libre de su dolencia. Jesus, volviendo el rostro, preguntó al pueblo: “¿Quién ha tocado mi vestido?” I como nadie respondiese, Pedro i sus otros discípulos le dijeron: “Maestro, ves como la multitud te estrecha ¿i preguntas quién te ha tocado?” Pero Jesus repitió su pregunta; conocía la virtud salúdable que habia emanado de Él i miraba a todas partes para fijar los ojos en la mujer que le habia tocado i a quien Él conocía de antemano. Esta, percibiendo que nada podia quedar oculto al Señor i sobrecojida de espanto, se arrojó a sus pies i le declaró la verdad. Jesus entónces la miró benignamente i le dijo: “Animo, hija mia; tu fe te ha salvado. Vuélvete en paz, ya estás sana.” I la mujer llegó a su casa llena de salud i de alegría.

Aun hablaba con ella Jesus, cuando los familiares de Jairo, atravesando por entre la multitud, se llegan a él i le dicen: “Murió tu hija, ¿para qué molestas al Maestro?” Pero Jesus dijo al padre: “No temas; ten confianza i será salva tu hija.” Jesus le sigue, i llegado a la casa, no permitió que nadie entrase con Él, sino Pedro, Santiago, Juan i el padre de la niña. En el interior de la casa no se veia mas que afliccion; todos lloraban i se lamentaban por la muerte de la niña. Segun el uso de aquellos tiempos, flautistas i plañideras habian principiado ya

a entonar el canto de muerte. Jesus, que no gustaba de aquel clamor vano: “¿Por qué haceis, les dijo, tanta bulla, i por qué llorais? Esta niña no está muerta, sino dormida.” Burlábanse, al oír esto, aquéllas jentes groseras, porque habian visto espirar a la niña. Jesus les ordenó que se sosegasen i entró en el aposento donde estaba el cadáver, llevando solamente consigo a los padres i a sus tres discípulos. Aproximándose vió el cadáver pálido e inerte de la niña, que poco antes florecia como una rosa. El padre estaba a su lado sumido en la mas profunda afliccion, miéntras que la madre, con los ojos llenos de lágrimas, parecia no tener ya fuerzas para resistir al dolor. Vacilaban entre el temor i la esperanza, i rodeaban al Señor, clavando en Él la vista como si le suplicasen con ella. Sus discípulos, conmovidos por este espectáculo i llenos de una medrosa esperanza, volvian los ojos, ya a su Maestro, ya al cadáver de la niña. Jesus tomó la mano de la difunta i le dijo con una voz dulce i afectuosa: “Hija mia, levántate,” i al instante mismo se levantó i anduvo.

Jesus le hizo traer alimento i mandó que nadie supiese lo que acababa de suceder. Sin embargo, mui luego se esparció por el pais la fama de esta obra milagrosa.

Adoremos al Todopoderoso, que puede restituir los muertos a la vida.

21. Curacion del paralítico.—Llegó otra vez el dia de la fiesta de Pascua i Jesus volvió a Jerusalem. Pensando solamente en aliviar a los desgraciados, era como una necesidad para su amante corazon el salir en busca de ellos.

Fuera de las puertas de Jerusalem corria una fuente saludable, cuyas aguas se recojian en un estanque. De tiempo en tiempo se agitaba el agua, porque el Anjel del Señor descendia al estanque i la movia. Entónces el primero que entraba en ella quedaba sano, cualquiera que fuese la enfermedad que adoleciese. Cercaba el estanque un grande edificio, que se llamaba *Bethsaida* o la casa de misericordia, a donde acudian gran número de ciegos, de paralíticos, de cojos i de otros enfermos, todos los cuales aguardaban con impaciencia el movimiento de las aguas, entro ellos un pobre paralítico que habia estado treinta i ocho años enfermo. Jesus puso en él los ojos, i sabiendo que habia padecido tanto tiempo, le dijo compasivamente:—“¿Deseas la salud?”

—“Señor, respondió él, no tengo quien me eche al estanque en el momento de removerse las aguas; me afano en ir a ellas, pero siempre hai alguno que llega primero.” Jesus le dijo entónces:—“Levántate, alza tu camilla i anda.”—I en el instante mismo quedó sano: se levantó, se echó auestas la cama, i se fué penetrado de alegría i reconocimiento. “Viendo Jesus al pueblo que se juntaba en torno de Él, se alejó aceleradamente antes que el hombre a quien acababa de dar la salud hubiese podido informarse del nombre de su bienhechor.

Era aquel un dia sábado, i los judíos, que le veian atravesar la ciudad llevando consigo su lecho, exclamaban:— “Hoi es el sábado, i no te es permitido llevar tu lecho.”—Pero él les respondía:—“El que me sanó me dijo:—“Toma tu lecho i anda.”—Entónces le preguntaron:—“¿Quién es el que te sanó?”—Mas él no pudo decirles su nombre. Poco despues le encontró Jesus en el Templo i le dijo:—“Ya ves que has sido curado; no peques mas en adelante, no sea que te suceda algo peor.”

Este enfermo, como muchos otros que se encontraban en aquel edificio, se habia acarreado sus padecimientos por culpas cometidas en la juventud.

Con treinta i ocho largos años de dolor i de miseria espió algunos momentos de vergonzosos e insensatos placeres.

—Odiad siempre el vicio, no sea que os suceda una desgracia semejante.

Este hombre supo que Jesus era quien le habia curado, i fué a buscar a los judíos para comunicárselo. Mas esta noticia solo sirvió para aumentar la aversion que ya le tenian, i aun buscaron medios de hacerle morir, porque habia curado un enfermo en dia sábado. Jesus, que conocia sus malas intenciones, les dijo estas nobles palabras:—“Mi Padre no cesa de obrar por la salud de los hombres, i yo lo hago tambien.”—Esta es la verdadera celebración del dia consagrado al Señor, que por medio de la beneficencia se santifica dignamente i no por la ociosidad.

22. Eleccion i mision de los doce Apóstoles.—Cuando Jesus hubo vuelto a Galilea, una multitud innumerable de pueblo se reunió de nuevo en torno de Él. No solo los habitantes de la Judea, sino tambien de los paises lejanos, de Tiro, de Sidon i desde las orillas del Océano venian a oírle.

Se agolpaban alrededor i cada dia se aumentaba mas i mas la muchedumbre. Constantemente estaba rodeado de ciegos, sordos, paralíticos, mudos i toda clase de enfermos, que se esforzaban en acercársele, creyendo recobrar así la salud, i Jesus los curaba a todos, aunque no faltaba entre ellos gran número de hombres débiles i pecadores.

Sentíase penetrado de la mas viva compasión al ver toda aquella jente que se le acercaba, ansiosa de oír sus amonestaciones. Estaban agobiados de males i andaban dispersos como ovejas que no tienen pastor. El aspecto de su miseria conmovió el compasivo corazon del Mesías.—“Copiosa es la mies, dijo a sus discípulos, mas hai pocos obreros; rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros para segarla.” —Entónces resolvió tomar una nueva disposicion para la salud de su pueblo, i despues de haber terminado la penosa tarea del dia, subió a una montaña i pasó la noche entera en meditacion a presencia de Dios. La oracion era el solaz de su alma.

Al amanecer del otro dia eligió Jesus doce de sus Discípulos, de los cuales estaba particularmente satisfecho, i los hizo venir cerca de sí. Sus nombres eran:—*Simón*, llamado *Pedro*, i *Andrés*, su hermano; *Felipe* i *Bartolomé*, *Tomas* i *Mateo*, *Santiago*, el mas joven de este nombre; *Judas* i *Tadeo*, *Simon el Cananeo* i *Judas Iscariote*. Enviólos de dos en dos, dándoles el poder de predicar públicamente i de sanar los enfermos, por lo cual los llamó sus Apóstoles, es decir, sus enviados.—“Id, les dijo, mas no vayais todavía al pais de los paganos, ni a las ciudades de los Samaritanos: dirijíos primero a las ovejas descarriadas de la casa de Israel. En los lugares a donde vayais, predicad la penitencia, diciendo que el reino de los cielos está cercano; sanad los enfermos, resucitad los muertos, limpiad a los leprosos, lanzad los demonios, dad graciosamente lo que graciosamente habeis recibido. No lleveis con vosotros mas que un bastón de caminante, porque el que trabaja merece que se le dé alimento. Cuando entreis en una casa decid: ¡Sea la paz en esta morada! Si esta casa es digna, vuestra paz recaerá sobre ella; i si no lo es, vuestra bendición volverá a vosotros.

“I en todos los lugares donde no os reciban o donde vuestras palabras no sean oidas, al salir de aquella casa o de aquella ciudad sacudid el polvo de vuestros pies. Dígoos, en verdad, que en el dia del juicio Sodoma i Gomorra serán tratadas con ménos rigor que esa ciudad.

“Yo os envío como ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes i sencillos como palomas; mas, guardaos de los hombres, porque muchos os aborrecerán por causa mía.

“El discípulo no es mas que el maestro, ni el esclavo es superior a su amo. Conténtese, pues, el discípulo i el esclavo si se les trata como al amo i al señor. Si han maldecido al padre de familia, ¿cómo tratarán a sus siervos?

“No temáis a los que matan el cuerpo i no pueden hacer morir el alma; temed mas bien a los que pueden haceros perder el cuerpo i el alma en los infiernos. ¿No se venden dos pajarillos por un ochavo? i, sin embargo, ninguno de ellos caerá en tierra sin la voluntad de vuestro Padre. Vosotros, pues, que valeis mucho mas, no temais. Aun los cabellos de vuestra cabeza están contados.

“A todo el que me reconozca delante de los hombres, yo tambien le reconoceré delante de mi Padre, que está en los cielos; i todo el que me niegue delante de los hombres, o que se avergüence de mí i de mi doctrina, yo tambien le negaré delante de mi Padre, que está en los cielos, i no le reconoceré por uno de los míos.

“El que ama a su padre o a su madre mas que a mí, no es digno de mí. El que ama a su hijo o a su hija mas que a mí, no es digno de mí. El que no toma su cruz i me sigue, no es digno de mí.

“El que os recibe me recibe a mí, i el que me recibe recibe tambien al que me ha enviado; i todo el que haya dado un vaso de agua a cualquiera de sus hermanos, os lo digo en verdad, no perderá su recompensa.”

Despues que Jesus les hubo dirigido estas exhortaciones, se fueron sus discípulos de dos en dos a predicar en las ciudades i en las aldeas, exhortando a los hombres a hacer penitencia, anunciándoles el reino de los cielos, curando los enfermos. Jesus partió de Galilea i siguió predicando sin cesar por todas partes i haciendo todo jénero de beneficios.

23. Doctrina de Jesus en parábolas —Encontrándose Jesus de nuevo en las riberas del lago de Genezareth, subió otra vez sobre una barca, miéntras que el pueblo le escuchaba desde la orilla. Este dia predicó su santa doctrina bajo la forma de diversas parábolas:

“Un sembrador, dijo, fué a sembrar su campo. Una parte de la semilla cayó a lo largo del camino, donde fué pisoteada, i vinieron las aves del cielo i se la comieron. Otra parte cayó en lugares pedregosos, donde no habia tierra, i nació prontamente, porque no habia penetrado en el suelo; mas el sol en seguida la quemó, i como no tenia raices profundas, se secó. Otra parte cayó en medio de espinas, i habiendo crecido las espinas, la ahogaron. Otra parte, en fin, cayó en buena tierra i dió fruto: un grano produjo ciento, otro setenta i otro treinta.”

Jesus mismo esplicó el sentido de esta parábola.

“La simiente, dijo, es *la palabra de Dios*. Aquellos en quienes cae esta simiente a lo largo del camino, son los que escuchan esta palabra, pero no la comprenden. El enemigo de los hombres viene en seguida i se lleva lo que habia sido sembrado en su corazon para impedirles que crean i se salven. La simiente que cae sobre las piedras comprende a todos aquellos que escuchan la palabra divina i la reciben con placer; mas no echa raices en su corazon. No tienen perseverancia i creen solamente por un tiempo, i, cuando los trabajos vienen a herirlos, o bien, cuando se levanta una persecucion contra la doctrina santa, se dejan arrastrar i en el dia de la tentacion se retiran. La simiente que

cae en las espinas señala a los que han oído la palabra; pero que, yéndose, la dejan sofocar por los cuidados i las inquietudes terrenales, por los deseos engañosos de la ambición o de la codicia, por los placeres mundanos que germinan en su corazón, los cuales hacen que no dé fruto la semilla divina. Mas los que reciben la simiente en buena tierra son los que *escuchan* la palabra de Dios, la *comprenden*, la *reciben* en un corazón puro, la *retienen* i la *conservan* i *dan fruto* con perseverancia, i producen ciento o setenta o treinta por uno.”

En otra parábola traza Jesús la historia entera del reino de Dios sobre la tierra. “El reino de los cielos, dijo, es semejante a un hombre que había sembrado buen grano en su campo. Pero, mientras que sus sirvientes dormían, vino su enemigo i sembró cizaña (vallico) en medio del trigo, i se fué. Cuando hubo brotado la semilla i dado espigas, apareció también la cizaña, i los siervos del padre de familia vinieron a decirle:—“Señor, ¿no has sembrado buen trigo en tu campo”? ¿de dónde viene, pues, la cizaña?—El padre de familia respondió:—Mi enemigo es quien lo ha hecho. —¿! Quereis, dijeron los siervos, que vayamos a arrancarla?— Nó, les contestó, no sea que al arrancar la cizaña, arranqueis al mismo tiempo el buen grano. Dejadlos crecer juntos hasta la siega, i al tiempo de la siega yo diré a los segadores: “Cojed primero la cizaña i atadla en gavilla para quemarla; pero guardad el buen grano en mi granero.” Jesús explicó el sentido de esta parábola, “*El que siembra el buen grano es el Hijo del Hombre*; el campo es el mundo; el buen grano son los *hijos del rei de los cielos*; la cizaña son *los hijos de la iniquidad*; el enemigo que la ha sembrado es el *diablo*; los segadores son los *ánjeles*; el tiempo de la siega es el *fin del mundo*. I así como al tiempo de la cosecha es separada la cizaña del buen grano i echada al fuego, de la misma manera al fin del mundo los malos serán separados de los buenos i precipitados en los abismos ardientes, donde sufrirán suplicios eternos. El Hijo del hombre enviará a sus ánjeles, los cuales separarán de su reino a todos aquellos que hayan sido ocasión de caída i escándalo; i los que hayan cometido iniquidad, serán precipitados en el horno encendido. Allí será el llorar i el crujir de dientes. Entónces los justos resplandecerán como el sol resplandece en el reino de su Padre.”

¡Oh! ¡cuán espantosa es la suerte que aguarda a los malvados en la otra vida! Serán por siempre separados de la dulce sociedad de los buenos, privados de la presencia del Padre Celestial, eternamente entregados a un fuego devorador, que los atormentará sin consumirlos jamás, durando su desventurada suerte tanto tiempo como Dios mismo, sin experimentar el menor alivio. Padecer, llorar, jemer; tal será su patrimonio para toda la eternidad. ¡Oh, hijos míos! ¿querriais que os tocara ese destino espantoso. Haced, pues, todo esfuerzo para evitarlo, i lo conseguireis absteniendoos de lo malo, practicando la virtud i observando fielmente todos los preceptos de un Dios, que os dispensa con liberalidad las gracias necesarias, i que no os impone deberes sino para haceros eternamente felices.

24. Otras parábolas de Jesús.—“El reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza que un hombre toma i siembra en su campo. Este grano es la más pequeña de las semillas; pero después de sembrado brota, crece, se eleva i se convierte en un árbol tan grande, que las aves del cielo vienen a posarse en sus ramas.”

Esta parábola, hijos míos, es una imagen natural de la Iglesia de Jesucristo, que débil i pequeña en sus principios, se ha extendido sobre toda la superficie de la tierra i ha recibido en su seno todas las naciones del mundo.

“El reino de los cielos, dijo también Jesús, es semejante a la levadura que torna una mujer i la mezcla con tres medidas de harina hasta que toda la masa fermenta.”

Todo nuestro ser debe penetrarse del espíritu divino de Jesús, de manera que todas nuestras acciones i todas nuestras palabras lleven en sí mismas algo de celestial.

“El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, i a una perla que compra un hombre a precio de su fortuna entera.”

Nada sea para nosotros mas precioso que nuestra santificación i nuestra salvación eterna.

“Cada árbol se conoce por su fruto. Todo árbol que produce malos frutos será cortado i echado al fuego.”

Buenas resoluciones i palabras piadosas no valen nada en sí mismas si no son acompañadas de buenas obras: no tienen mas valor que un árbol que, adornado de hojas i flores, no da fruto alguno.

“¿Quién de vosotros es aquel que, teniendo cien ovejas, si llega a perder una de ellas, no deja las noventa i nueve en el desierto para ir en busca de la perdida hasta hallarla, i al hallarla la pone lleno de alegría sobre sus espaldas, i vuelto a su casa llama a sus amigos i a sus vecinos i les dice: “¡Regocijaoos conmigo, porque hallé la oveja perdida.”

Así va Jesús en busca de las ovejas descarriadas: así se regocijan los ángeles de Dios por la vuelta del hombre al camino del bien.

“¿Cuál de entre vosotros es padre que da a su hijo una piedra cuando le pide pan, o que le da una serpiente en lugar de pescado, o que le da un escorpión cuando le pide un huevo? Si, pues, vosotros que sois malos, sabéis dar a vuestros hijos cosas buenas, ¿con cuánta mayor razón vuestro Padre que está en los cielos dará el Espíritu Santo a los que se lo piden.”

25. La pecadora arrepentida— Un fariseo, llamado Simón, rogó a Jesús que fuese a comer a su casa. Jesús fué a ella i se sentó a la mesa. Vivía en la misma ciudad una mujer de mui mala reputación, pero que habiendo aprendido a conocer a Jesús cambió enteramente de conducta: su corazón se penetró de amor i respeto hacia él i jemia amargamente por sus pasados extravíos. Tan pronto como supo que Jesús se hallaba en casa del fariseo Simón, se apresuró a ir en busca suya.

Entró en la sala en que estaba comiendo; mas, no atreviéndose a presentarse a sus ojos, se acercó por detrás i cayó a sus pies sin poder pronunciar una sola palabra i vertiendo un torrente de lágrimas. Notando que humedecía con ellas los pies del Señor, los enjugó con las trenzas de sus cabellos i los besó. Llevaba un perfume mui precioso en un vaso de alabastro i lo derramó sobre los pies del Señor.

El dueño de casa, que la miraba en silencio, decía para sí: “Si este hombre fuera profeta sabría que la que le toca es una mujer llena de pecados.” I en el fondo de su corazón vituperaba la conducta del Señor. Jesús penetró sus pensamientos i tomó la palabra en estos términos: “Simón, tengo que hablarte.” Este le respondió: “Habla, maestro.” Jesús le dijo entonces: “Un acreedor tenía dos deudores: uno le debía quinientos pesos i el otro cincuenta, i como no tenían cómo pagarle, perdonó a ambos su deuda. Dime ahora, ¿cuál de los dos le amaría mas?” Simón respondió: “Creo que sería aquel a quien más hubiese perdonado.” Jesús le dijo: “Has juzgado mui bien.”

No alcanzaba a comprender Simon el sentido de esta parábola. Jesus, volviéndose hácia la mujer, continuó diciendo al fariseo: “¿Ves a esta mujer? Yo entré en tu casa, no me has dado agua para lavarme los pies i ella los ha regado con sus lágrimas. Tú no me has saludado con el ósculo de paz, i ella no ha cesado de besarme los pies desde que se acercó a mí. Tú no has echado aceite sobre mi cabeza, i ella ha vertido sobre mis pies un perfume precioso. Declaróte, pues, que muchos pecados le serán perdonados, porque ha amado mucho, mientras que aquel a quien se le ha perdonado ménos, ménos ama.”

Despues dijo Jesus a la mujer: “Tus pecados te son perdonados. Vete en paz.”

Así perdona Jesus con una bondad enteramente divina. ¿Quién podria ser insensible a tanto amor?

26. Sentencias notables pronunciadas por Jesus en diferentes ocasiones—Un doctor de la Lei vino a Jesus i le preguntó: “Maestro, ¿cuál es el primero i mayor Mandamiento de la Lei?” Jesus le respondió: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma, con todo tu pensamiento i con todas tus fuerzas. Este es el mas grande i el primero de los Mandamientos, i hé aquí el segundo, que es semejante: Amarás a tu prójimo como a tí mismo. No hai mandamientos mas grandes que éstos: ellos encierran la Lei i los Profetas.” Esta es una de las mas importantes máximas que pronunció Jesus.

Un hombre vino a Jesus i le dijo: “Señor, yo te seguiré mas permítame que vaya ántes a despedirme de los que están en casa.” Viendo Jesus que su resolucion no era bastante firme i que su familia le detendria, le respondió: “El que pone mano en el arado i mira para atrás, no es propio para el reino de Dios.”

Caminando Jesus con sus discípulos se acercó a él un escriba i le dijo: “Yo te seguiré, Señor, a donde quiera que vayas,” porque creia que mui pronto iba Jesus a fundar su reino terrestre i hacerle a él un hombre poderoso. Leyendo Jesus en su corazon, le respondió así: “Las zorras tienen sus cuevas i las aves del cielo sus nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene donde reposar su cabeza.”

Estaba Jesus un dia sentado en el Templo enfrente del cofre de las ofrendas i consideraba a los que venian a poner allí sus dones. Vió un gran número de ricos que echaban mucho dinero, i tambien vió una pobre viuda que depositó dos moneditas pequeñas. Llamando entónces a sus discípulos, les dijo: “En verdad os declaro que esta pobre viuda ha dado mas que todos los otros, porque todos ellos han ofrecido a Dios su sobrante; mas ella ha dado cuanto tenia.”

Jesus juzga de las acciones de los hombres segun la intencion con que se ejecutan: aprecia en mas una lijera limosna o un pequeño sacrificio hecho con un corazon puro i con la intencion de agradarle a él solo, que las mas abundantes larguezas i la práctica de las virtudes mas austeras, cuando emanan de un corazon manchado por el vicio o han sido inspiradas por el deseo de hacerse notar de los hombres i obtener sus sufragios i sus aplausos. Verdad consoladora para vosotros, hijos míos, i que nos enseña que sí no nos es dado hacer acciones gloriosas i extraordinarias, podemos, sin embargo, santificarnos i adquirir méritos infinitos por la observancia de nuestros mas simples i comunes deberes, con tal que los cumplamos por amor de Dios.. En nuestras acciones, aun las mas indiferentes, no perdamos nunca de vista esta

buena intencion, i digámosnos a nosotros mismos: ¡Todo por Dios! ¡Todo para Dios!

Hizo uno a Jesus esta pregunta: “Señor, ¿serán pocas las personas que se salven?” Jesus, dirijiéndose al que le hablaba i a todos los que escuchaban, dijo: “Esforzaos a entrar por la puerta estrecha, porque os digo que muchos tratarán de entrar por ella i no podrán.”

Un día acercándose Pedro a Jesus le preguntó: “Señor, ¿Cuántas veces perdonaré a mi hermano cuando haya pecado contra mí? ¿Le perdonaré hasta siete veces?” Creia estenderse mucho en esto. Mas Jesus le respondió: “No solamente hasta siete veces, sino hasta setenta i siete veces siete.”

No conservemos jamas resentimientos contra nuestros hermanos; perdonémosles jenerosamente i de corazon todas las ofensas que nos han hecho: Dios nos lo manda: su precepto es formal e indispensable. Nada hai que Dios deteste tanto como las almas rencorosas i vengativas.

27. Muerte de San Juan Bautista.—Herodes, hijo de aquel que habia hecho degollar los niños inocentes en Belen, reinaba en Galilea. Oyendo elojiar a Juan Bautista como un hombre extraordinario, le hizo venir a su corte. Juan, habiéndose presentado, le dirijió las mas severas reprensiones por todas las culpas que habia cometido i principalmente por el pecado de que se habia hecho culpable, casándose con la mujer de su hermano miéntras éste vivia aún. Herodes profesaba mucho respeto a Juan, le escuchaba con gusto i seguia en muchas cosas sus consejos; mas en esta ocasión cerró lod oidos a sus exhortaciones. Desde aquel momento Herodias, su mujer, abriga un odio implacable contra este santo hombre, i resuelta a vengarse, supo inducir a su esposo a que le mandase prender i le sepultase en un calabozo.

Celebraba Herodes su cumpleaños con un espléndido banquete, a que convidó a todos los señores de su corte. La hija de Herodias entró durante el festín i danzó con tal gracia que dejó encantados a todos los que se hallaban presentes. Herodes mismo estaba enajenado de contento, i luego que cesó el baile, llamó a la niña i le dijo: “Pídeme lo que quieras i te lo concederé, si bien fuese la mitad de mi reino,” i confirmó su promesa con juramento.

La niña salió en busca de su madre i le dijo: “¿Qué he de pedirle?” “La cabeza de Juan Bautista,” respondió la madre. Volvió la niña a toda prisa i le dijo a Herodes: “Te ruego que me des en este instante en una fuente la cabeza de Juan Bautista.”

Herodes se estremeció de horror i se afligió profundamente. Sin embargo, como habia hecho juramento en presencia de todos los que estaban a la mesa, no se atrevió a decir que no. Mandó, pues, a uno de sus guardias que le trajese la cabeza de Juan. El guardia se encaminó a la cárcel i cortó la cabeza al profeta. Esta cabeza sangrienta, colocada en una fuente, fué entregada a la niña, que la llevó inmediatamente a su madre.

No creais, hijos míos, que Herodes estuviese obligado a cumplir aquel juramento insensato. Al hacerlo se habia hecho culpable de un gran pecado, i cumpliéndolo cometió otro horrible crimen, pues sacrificó la cabeza del justo al odio atroz de una mujer que queria vengar en su sangre los reproches que le habia hecho por su mala conducta. Así la muerte de San Juan Bautista fué el resultado de una espantosa reunión de crímenes i de sacrilegios; pero, muriendo de este modo, obtuvo el santo Precursor de Jesucristo la gloriosa palma del martirio, i nos enseñó con su ejemplo a morir antes que traicionar los intereses sagrados de la verdad i de la relijion.

28. Jesus, el divino amigo de los niños.—Segun lo tenia de costumbre, habia pasado Jesus el dia entero rodeado de una muchedumbre de jentes, predicando el Evangelio i curando los enfermos que le traian. Sobrevenia la noche, todo el concurso se iba retirando poco a poco, i Jesus se disponia tambien a partir, cuando vió acercarse muchas madres que, penetradas de confianza i amor, le traian sus niñitos para que les impusiese sus manos i les diese su bendicion.

Los discípulos, que esto veian, los rechazaban con aspereza: consideraban que estaria mui fatigado el Maestro i no querian que le detuviesen mas tiempo. Pero Jesus desaprobó su conducta, porque amaba mucho a los niños. Con una bondad celestial los allegó a sí, diciendo a sus discípulos:

“Dejad venir a mí a los niñitos i no los estorbeis, porque el reino de los cielos es para los que se les asemejan. En verdad os digo que si no os volveis i haceis semejantes a los niños en la sencillez e inocencia, no entrareis en el reino de los cielos.” I, abrazándolos, los bendijo imponiéndoles las manos.

Despues, volviéndose hácia las otras personas que le rodeaban i a sus discípulos, les dijo con un tono severo i enérgico: “Todo el que reciba a uno de estos pequeñuelos en mi nombre, me recibe a mí, i todo el que escandalice a uno de estos pequeñuelos que creen en mí, ménos mal seria para él que le pusiesen una piedra de molino al cuello i le echasen al fondo del mar. ¡Ai de aquel hombre por quien venga el escándalo!

“Si vuestra mano o vuestro pie son para vosotros un motivo de pecado, cortadlos i arrojadlos lejos de vosotros; porque mas os vale que entreis en la vida con un solo pie i una sola mano, que tener los dos i ser echados en el fuego que jamas se apaga.

“Guardaos de despreciar a estos niños, porque os declaro que sus Anjeles de Guarda en los cielos ven sin cesar el rostro de mi Padre Celestial.”

Hijos mios, admirad el vivo i tierno cariño de Jesus a todos los de vuestra edad. Sois un objeto mui particular de su ternura i de su amor; se complace en daros las mas afectuosas señales de su bondad, i solo ama a sus discípulos en cuanto se hacen semejantes a vosotros por su candor, su sencillez i su inocencia. Conservad, pues, mui cuidadosamente esas virtudes que os aseguran el amor de vuestro Dios. Guardaos, como la muerte, de no perder jamas el inestimable depósito de vuestra inocencia. Amad sinceramente a Jesus, que tanto os ama, i preferid mil veces la muerte antes que ofenderle i serle infieles.

29. Transfiguracion de Jesus.—Un dia llevó Jesus consigo tres de sus discípulos, que eran Juan, Pedro i Santiago, i los condujo a un sitio retirado en la cima de un monte. Llegado allí, púsose a orar, i una repentina mudanza se dejó ver en toda su figura. Brillaba su rostro como el sol, sus vestidos tomaron el color de la nieve i resplandecian de luz. Al mismo tiempo aparecieron dos hombres rodeados de una claridad celestial: eran Moisés i Elias; llenos de majestad i gloria conversaban familiarmente con Jesus. Los tres discípulos, poseídos de un santo respeto, contemplaban esta aparicion maravillosa; i Pedro, transportado de alegría, exclamó: “Maestro, estamos mui bien aquí: hagamos, si quereis, tres tiendas; una para tí, otra para Moisés i otra para Elias.” No sabia lo que decia: estaba enajenado de júbilo.

Hablaba todavia Pedro, cuando los cubrió una nube resplandeciente, de la cual salió una voz que pronunció estas palabras: “¡Este es mi Hijo mui

amado en quien tengo toda mi complacencia; escuchadle!” Los discípulos, sobrecojidos de terror, se prosternaron, poniendo la frente en la tierra.

Jesus, aproximándose, los tocó i les dijo: “Levantaos: no temais.” Levantáronse; pero ya solo vieron a Jesus con su aspecto ordinario.

Al bajar del monte les dijo Jesus: “No digáis a nadie lo que habeis visto hasta que el Hijo del Hombre haya resucitado de entre los muertos.” Mas los discipulos no comprendieron lo que significaban estas palabras “resucitar de entre los muertos,” i se preguntaban unos a otros lo que habria querido decir el Señor. Entónces Jesus les habló así; “Escuchad bien estas palabras: El Hijo del Hombre será entregado en manos de los judíos que le darán muerte: mas al cabo de tres dias resucitará.” Todos estos discursos hacian poca impresión en sus almas, porque no podian comprender el sentido.

Sobre este monte se hizo ver Jesus en toda su gloria como Hijo de Dios. Sigamos sus pasos en la tierra para que nos sea concedido verle así en el cielo.

Jesus envió tambien otros setenta i dos discípulos con el mismo encargo que los doce primeros. Los efectos producidos por la predicacion de su Doctrina se estendian cada dia mas.

30. El hijo pródigo.—Jesus gustaba de enseñar por parábolas. Una de las mas tiernas i bellas de que se sirvió es la siguiente:

“Un hombre tenia dos hijos. El mas joven vino i dijo a su padre: Padre mio, dame la parte que me ha de tocar en tu herencia. El padre hizo la particion de sus bienes entre sus hijos, i, pocos dias despues, el mas joven, habiendo juntado cuanto tenia, se fué a otra tierra donde disipó toda su fortuna en escesos i disoluciones. Cuando hubo perdido todo, se fué de allí i se puso a servir a uno de los habitantes del pais, que le envió a su cortijo para que pastorease sus cerdos: se hubiera tenido por mui feliz saciando su hambre con las cascarras que los cerdos comian; pero ni aun eso le dejaban. Al cabo, pensando en su triste suerte, se dijo a sí mismo: ¡Cuántos gañanes en la casa de mi padre tienen el pan de sobra i yo, que soi su hijo, me estoy aquí muriendo de hambre! Me levantaré, iré a la casa de mi padre i le diré: Padre mio, pequé contra el cielo i contra tí i no soi digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus esclavos. Partió, pues, i se fué en busca de su padre. El anciano le alcanzó a ver desde lejos, i, movido de compasión, corrió a él, se arrojó sobre su cuello i le besó. Padre mio, le decia su hijo, pequé contra el cielo i contra tí i no merezco llamarme hijo tuyo. Mas el padre le interrumpió i dijo a sus siervos: Traed al momento los vestidos mas ricos i vestidle con ellos; ponedle un anillo en el dedo i zapatos en los pies. Traed tambien un ternero cebado i matadlo. Hagamos un festin en celebracion de su vuelta, porque este hijo mio que veis aquí era muerto i ha resucitado; le habia perdido i le hallo.”

¡Qué benignidad paternal! Así se muestra Dios a los pecadores verdaderamente arrepentidos.

Hallábase el hijo primojénito en el campo en el momento de la llegada de su hermano; i como volviendo a su casa oyese que tañian instrumentos de música i cantaban, llamó a uno de los criados i le preguntó la causa. El criado le repondió: tu hermano ha vuelto, i tu padre ha hecho matar el ternero mas gordo porque le ha visto llegar en buena salud. Enojóse entónces el primojénito i no quiso entrar. Su padre salió en persona, le instaba cariñoso a que entrase a tomar parte en el regocijo jeneral. Mas el hijo le respondiò a su padre: tantos años há que te sirvo i jamas he desobedecido tus órdenes, i con todo eso no he

merecido que una sola vez me hayas dado un cabrito siquiera para divertirme con mis amigos. I para este otro hijo que ha consumido toda su fortuna en malas compañías, cuando ha vuelto has hecho matar un ternero cebado. Respondióle entónces el padre: Hijo mió, tú estás siempre conmigo i todo lo que tengo es tuyo. Pero ¿no era justo hacer un festin i regocijarnos porque este tu hermano era muerto i ha vuelto a la vida, estaba perdido i le hemos hallado?

No seais jamas duros i egoístas para con vuestros prójimos, como el hermano de que se habla en esta parábola; sed mansos i misericordiosos como aquel padre, o mas bien, como nuestro Padre que está en los cielos.

31. Misericordia i dureza del corazon.—Jesus contó un dia lo que sigue: “Un hombre que iba de Jerusalem a Jericó cayó en manos de los ladrones, los cuales le despojaron, le cubrieron de heridas i se fueron dejándole medio muerto. Un sacerdote que venia por el mismo camino le vió i pasó adelante. Un levita que tambien acertó a pasar por allí le miró i siguió su camino. Mas un samaritano, que transitaba tambien por aquel lugar, se movió de compasión al verle. Llegóse a él, vertió aceite i vino sobre sus heridas, se las vendó i alzándole sobre su caballo, le llevó a una posada i le asistió. I como al dia siguiente se viese obligado a continuar su viaje, sacó de su bolsa algunas monedas, las dio al posadero i le dijo: “Cuidad bien a este hombre, i todo lo que gastares en él yo te lo pagaré a mi vuelta.”

Tal es el verdadero amor al prójimo. Asiste al que se encuentra necesitado, aunque veas en él un hombre entregado al error.

“Id, pues, añadió el Señor, i haced lo mismo.”

Otro dia, hablando Jesus del reino de los cielos, dijo: “Un rei quiso tomar cuenta a todos sus servidores. Uno de ellos que se presentó le debia diez mil talentos, i no pudiendo pagarlos, se hincó de rodillas delante de su señor i le rogó diciendo: “Señor, no te enojeis conmigo.” Aplacado el rei con sus ruegos, tuvo piedad de él i le perdonó toda su deuda.

“No bien hubo salido este hombre, cuando, encontrando a uno de sus compañeros que le debia cien dineros, asióle del cuello diciéndole: “Págame lo que me debes.” Su compañero se echó a sus pies rogándole encarecidamente que tuviese paciencia. Mas no quiso escucharle i le hizo poner en la cárcel hasta que le pagara su deuda.

“El rei, sabiendo el caso, le mandó llamar i le dijo: “Yo te perdoné tu deuda porque me movieron tus ruegos. “¿No debias compadecerte de tu compañero como yo me he compadecido de tí?” I al momento hizo el rei poner a aquel hombre duro en la cárcel, hasta que le pagase su deuda.

“Así, añadió Jesus, os tratará mi Padre si no perdonais de corazon a vuestros hermanos.”

32. El rico i el pobre.—“Habia un hombre rico que estaba vestido de púrpura i daba todos los dias convites espléndidos. Habia tambien un pobre, llamado Lázaro, tendido delante de la puerta de este rico i cubierto de llagas. El pobre Lázaro murió i fué llevado por los ánjeles al seno de Abraham; murió tambien el rico i fué precipitado en el infierno. Desde aquella morada de tormento levantó los ojos, i viendo de lejos a Abraham i a Lázaro en su seno, exclamó: padre Abraham, ten piedad de mí i manda que venga Lázaro para que moje la punta de su dedo en el agua i me refresque la lengua, porque sufro terribles tormentos en estas llamas. Mas Abraham le respondió: Hijo mio, acuérdate que tuvistes bienes en el mundo, i Lázaro miseria i llagas. Por esto recibe ahora consuelos miéntras que tú padeces tormentos. Hai un gran

abismo entre tú i nosotros; no es posible pasar de este lugar al tuyo, ni venir de donde tú estás a donde nosotros estamos. El rico respondió: suplicote, padre Abraham, que al menos envíes a Lázaro a casa de mi padre, porque yo tengo allí cinco hermanos i quisiera les dijese lo que paso, para que no vengan ellos tambien a este lugar de suplicio. Abraham le contestó: Ellos tienen a Moisés i a los profetas; escúchenles. ¡Ah! respondió el rico, no lo harán. Abraham terminó por estas palabras: Si no escuchan a Moisés i a los profetas, tampoco creerán, aun cuando alguno de los muertos resucitara.”

Mas vale ser en la tierra el pobre i piadoso Lázaro, que el rico disipador i duro de corazon. El uno, despues de haber sufrido dolores pasajeros, se transporta despues de su muerte a la mansión de la bienaventuranza; miéntras el otro, despues de vanos placeres, que no podian hacerle feliz, porque dejaba siempre en su pecho pesares i remordimientos, es lanzado a los abismos ardientes, donde es condenado por toda la eternidad a tormentos indecibles.

33. Las Vírgenes prudentes i las Vírgenes fátuas.—“Sucederá lo mismo en el reino de los cielos, dijo Jesus, que a diez Vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo. Cinco de ellas eran necias, i las otras cinco prudentes. Las Vírgenes tomaron sus lámparas i llenaron vasos de aceite. Como el esposo tardaba en venir, durmiéronse todas. Mas hácia la media noche despertaron sobresaltadas oyendo gritar: He aquí el esposo que llega; venid a alumbrarle. Levantáronse todas las Vírgenes i prepararon sus lámparas; i las necias dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. Mas las prudentes les respondieron: No podemos, porque no alcanzaria para todas; id mas bien a donde venden, i comprad el que hayais menester. El esposo vino durante la ausencia de éstas, i, las que estaban preparadas, entraron con él a las bodas i cerróse la puerta. Volvieron entónces las Vírgenes necias i exclamaron: Señor, Señor, abre la puerta. Mas el esposo respondió: en verdad os digo, que yo no os conozco.”

¿De qué sirven las lámparas sin aceite? ¿De qué sirven los ejercicios exteriores si no son animados i vivificados por la pureza de la intencion? Ejercicios exteriores o propósitos ineficaces no nos bastan para conseguir la bienaventuranza eterna.

34. Diversos sucesos instructivos.—Habiendo venido Jesus a Cafarnáum, junto con sus discípulos, se dirijieron a Pedro los que cobraban el tributo para la conservacion del Templo i le dijeron: “¿No paga tributo tu Maestro?” Pedro les respondió: “Sí, paga;” i al instante fue a Jesus para darle noticia de aquella pregunta. Mas Jesus, que todo lo sabia, se anticipó diciéndole: “¿Qué te parece, Simón? ¿De quiénes perciben los reyes tributos e impuestos? ¿De sus hijos o los estraños? Luego los hijos no están exentos, continuó Jesus. Pero para no escandalizarlos, ve al mar, echa el anzuelo i toma el primer pez que se presente: ábrele la boca y hallarás en él una pieza de plata que valdrá el doble del tributo que se paga ordinariamente. Tómala y dásela a los recaudadores por mí i por tí.” Pedro obedeció: encontró en efecto la moneda de plata i la llevó a los recaudadores. Jesus se manifestó siempre justo con todos i obedeció voluntariamente a las autoridades.

Volviendo Jesus otra vez a Jerusalem, envió uno de sus discípulos a una aldea de los Samaritanos a que le preparase alojamiento para la noche; mas los habitantes se negaron a recibirle. Al oír esta noticia dos de sus discípulos, Santiago i Juan, le dijeron: “Señor, ¿quereis que mandemos que descienda sobre ellos el fuego del cielo i los consuma?” Jesus les respondió con

severidad: “Vosotros no sabeis de qué espíritu os halláis animados. El Hijo del Hombre no ha venido para hacer perecer a los hombres sino para salvarlos.”

El celo que desea dañar a otros es reprobado de Dios.

Durante sus peregrinaciones entró Jesus en Bethania; Marta i Maria le recibieron en su casa. Maria, acompañando a los que escuchaban los discursos del Salvador, se sentó a sus pies llena de atención i de recojimiento; Marta, por el contrario, cuidaba mucho de los menesteres domésticos. Parándose delante del Señor le dijo: “¿No ves, Maestro, que mi hermana me deja servirte sola? Díle que venga a ayudarme.” Jesus le respondió: “Marta, tú te inquietas i andas afanada por muchas cosas; pero una sola es necesaria. Maria ha elegido la mejor parte i no le será quitada.”

Una sola cosa es necesaria, que es escuchar i observar la palabra de Dios; es decir, sus preceptos divinos: en esto estriba todo el negocio de la salvación, que es lo único que merece verdaderamente nuestros cuidados i esfuerzos; porque si nos salvamos, todo lo habremos conseguido, i si nos condenamos, lo habremos perdido todo para siempre.

35. Resurrección de Lázaro.—Lázaro, hermano de Marta i de Maria, se hallaba enfermo en Bethania. Sus hermanas, llenas de confianza en Jesus, le enviaron un mensajero para decirle: “Señor, aquel a quien tanto amas está enfermo.” Oyendo esto, dijo así Jesus: “Esa enfermedad no es mortal; mas es para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.” Permaneció aun dos días en el lugar donde recibió la noticia, i al tercero dijo a sus discípulos: “Volvamos a Judea; nuestro amigo Lázaro duerme el sueño de la muerte; voi a despertarle.”

Jesus supo a su llegada que hacia ya tres días que Lázaro estaba en la sepultura. Marta corrió a toda prisa a su encuentro, i así que le vio le dijo: “Señor, si hubierais estado aquí no habria muerto mi hermano; pero yo sé que aún así, todo lo que pidais a Dios os lo concederá.”

Jesus respondió: “Tu hermano resucitará.”—Ya lo sé, respondió Marta. Resucitará en la resurrección del último día.—Jesus dijo: “Yo soi la resurrección i la vida: el que creyere en mí, aun cuando fuese muerto, vivirá, i el que viviere i creyere en mí, no morirá jamás. “¿Crees esto que te digo?” Marta respondió: “Sí, Señor; yo creo que eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que ha venido a este mundo.”

Cuando Marta hubo acabado de hablar, se fué a prevenir en voz baja a su hermana Maria, diciéndole: “El Maestro ha venido i pregunta por tí.” Maria se levantó al momento i fué a buscar a Jesus, i los que la rodeaban la siguieron fuera de la aldea, hasta donde estaba el Señor.

Maria se arrojó a los pies de Jesus, i llorando a todo llorar le dijo: “Señor, si hubierais estado aquí no habria muerto mi hermano.” I los judíos que habian venido con ella se pusieron tambien a llorar.

Jesus se sintió profundamente conmovido con aquellas lágrimas i lleno de compasión: “¿Dónde le habeis puesto?” les dijo, i lloró tambien. ¡Tan tiernamente le amaba!

Penetrado de dolor llega a la sepultura, que era una gruta cerrada con una losa, “Quitad la losa,” dijo Jesus.—“Señor, dijo Marta, ya está hediondo.”—Mas Jesus le respondió: “¿No te dije que si creyeses verias la gloria de Elias?” La piedra fué removida, Jesus levantó los ojos al cielo i oró, i luego exclamó en alta voz: “Lázaro, sal afuera;” i Lázaro salió al instante.

Tal es el poder de Jesucristo: con solo una palabra puede resucitar a los muertos i volverlos a la vida, Pero, por admirable que parezca el prodigio que acaba de obrar en favor de Lázaro, nos atrevemos a decir que su misericordia obra todos los dias mas grandes maravillas. El hombre desventurado, cuyo espíritu sucumbió bajo los golpes del pecado mortal, si tocado al fin por la gracia omnipotente del Dios que ultrajaba, i poseído de un arrepentimiento sincero, viene a echarse a los pies del ministro depositario de la misericordia divina i le hace una humilde confesión de sus miserias i flaquezas, al momento mismo es restituido a la vida de la gracia. No bien ha pronunciado el Ministro Sagrado sobre la cabeza de este difunto las palabras de salud, cuando el cielo se abre, toda la Corte Celestial contempla atenta aquel milagro de clemencia, i el divino Jesus, obedeciendo en cierto modo a la voz de su ministro, ratifica en el cielo la sentencia de absolucion pronunciada en la tierra.

36. Jesus es unjido por María.—Una multitud de judíos que presenciaron aquel milagro creyeron en él; otros contaron a los fariseos lo que acababa de pasar, i el gran consejo resolvió hacerle morir. Para ponerse al abrigo de sus persecuciones, se retiró Jesus hasta los límites de Israel; pero seis dias antes de la fiesta de Pascua volvió a Bethania.

Lázaro i su hermana no sabian cómo demostrarle su agradecimiento i su respeto. Se le preparó de comer en la casa de un hombre llamado Simón, a quien Jesus poco antes habia curado de la lepra. Miéntras Lázaro estaba a la mesa con él, Marta le servia, Maria trajo en un vaso de alabastro aceite oloroso de nardo puro, de un gran valor, i arrojándose a sus pies, los unjió con sus cabellos, i despues vertió, sobre su cabeza el resto de aquel aceite aromático.

Trascendió por toda la casa el esquisito olor del perfume. Maria habia hecho eso por amor de Jesus. Mas algunos de sus discípulos pensaron dentro de sí mismos que hubiera sido mejor dar a los pobres el dinero empleado en este perfume i vituperaban interiormente a Maria.

Jesus leyó en sus corazones i dijo: “Maria ha hecho una buena obra por mí; me ha unjido para mi sepultura.” I despues añadió: “En verdad os digo que en todos los lugares donde se predicare mi Evangelio, se cantará, en alabanza de esta mujer lo que acaba de ejecutar.”

En este momento mismo en que estáis leyendo estas palabras de Jesus, se están cumpliendo.

37. Entrada solemne de Jesus en Jerusalem.—Al dia siguiente se puso Jesus en camino para Jerusalem, Llegado a Bethfaje, cerca del monte de los Olivos, paróse i dijo a sus discípulos: “Id a la aldea que teneis delante; vereis una asna con un jumento sobre el cual nadie ha montado aún: traédme. Decid solamente a los de la casa que lo he menester, i que luego lo devolveré.” Los discípulos trajeron el jumentillo, lo cubrieron con sus vestiduras, i Jesus montó encima, cumpliendo así una antigua profecia. Gran muchedumbre de pueblo, atraida por la proximidad de la fiesta, seguia sus pasos.

Jesus continuó su camino. Todo el pueblo estaba trasportado de una santa alegria: muchos tendian sus vestiduras por el suelo para que pasase sobre ellas: otros cortaban ramas de palma i las llevaban delante de él o las esparcian por el camino. Todos gritaban en alta voz: “¡Salud i gloria al hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!” Fariseos habia que andaban mezclados entre la muchedumbre i que se mostraron ofendidos en estas gozosas aclamaciones i de las honras que se tributaban a Jesus.

Acercándose a él le dijeron con aspereza: “Maestro, haz callar a tus discípulos.” Pero Jesús respondió: “En verdad os digo, que si éstos callan, las piedras mismas gritarán.” I continuó su camino tranquilamente en medio de las alabanzas del pueblo. Los habitantes de Jerusalén vinieron en tropel a encontrarle i unieron sus votos a los cantos de alegría que resonaban por todas partes.

Llegado Jesús a las cercanías de Jerusalén, contempló la ciudad tristemente, i, con un doloroso sentimiento de lástima, pronunció estas palabras: “¡Ah, si al menos llegaras a comprender en este día que todavía se te concede lo que puede procurarte la paz! Pero todo se oculta a tus ojos; i porque no has aceptado la salud que se te ofrecía, vendrá para tí un tiempo desgraciado en que tus enemigos te rodearán por todas partes i te destruirán hasta los cimientos.” Al concluir estas palabras, corrieron las lágrimas por sus mejillas.

Así entró Jesús en Jerusalén. Toda la ciudad estaba en movimiento. “¿Qué hai, pues?” se preguntaban todos.—“Es Jesús el profeta,” contestaba el pueblo. Jesús dejó su jumento i se encaminó directamente al Templo. El tumulto profano, causado por los usureros i los que traficaban en animales, le llenó de indignación. Echóles del atrio, de la misma manera que lo había ejecutado tres años antes. Multitud de enfermos, de ciegos i paralíticos se reunieron en torno suyo, i todos fueron curados. Muchos niños que se habían juntado alrededor de él daban gritos de alegría al ver estas curaciones milagrosas: todos en jeneral exclamaban transportados de júbilo: “Gloria al hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor!” Mas los fariseos no pudieron disimular la cólera que les inspiraban estas palabras, i vituperando amargamente a los niños, dijeron a Jesús en tono irritado: “¿Oyes lo que dicen? Mándales, pues, callar.” Jesús les respondió: “¿No habeis leído nunca la profecía: De la boca de los infantes i de los niños de pecho es de donde sacastes la alabanza mas perfecta?”

Amiguitos míos, fijad la atención en estas palabras. El Señor no desdeña vuestras débiles alabanzas. Repetidlas, pues, a menudo; entonadle santos cantares que salgan del corazón.

38. La mas noble de las profecías.—Hacia los últimos días de su vida redobló el Señor sus esfuerzos i su celo, enseñando i curando a todos los que a él se acercaban. Por las tardes salía de Jerusalén i se iba con sus discípulos a pasar la noche en la aldea de Bethania. Pero al alba se le encontraba ya en el Templo. Una tarde, a puestas de sol, saliendo Jesús del Templo le detuvieron sus discípulos, i admirando la magnificencia de aquel edificio, dijeron: “¡Maestro, mira qué piedras, qué estructura!” Jesús les dijo: “¿Veis toda esa gran fábrica? Os digo que será destruida, de manera que no quedará piedra sobre piedra.” Este discurso sorprendió mucho a sus discípulos; deseaban, vivamente la esplicación de estas palabras.

Habiendo subido al monte de los Olivos, se sentó Jesús i sus discípulos le rodearon. Desde la altura en que se encontraban se descubría toda la ciudad i el Templo Santo. Entónces Pedro i algunos otros le dijeron: “¿Maestro, dinos cuándo sucederán estas cosas; cuándo vendrá el fin del mundo?”

Jesús respondió: “Los cuervos se reúnen donde se encuentra un cadáver. Oireis hablar de guerras i de sediciones; habrá en diversos lugares temblores de tierra, pestes i hambres i en el cielo aparecerán señales espantosas; mas todo será el principio de la desolación.

“Antes de todo se apoderarán de vosotros, i por causa mia sereis odiados i perseguidos; mas un solo cabello de vuestras cabezas no caerá sin el consentimiento de vuestro Padre Celestial. Por la paciencia lograreis poseer vuestras almas.

“Como la impiedad se ostentará triunfante, la caridad se entibiará. La miseria será tan grande que no se habrá visto semejante desde el principio del mundo.

“Guardaos de que os seduzcan, porque muchos vendrán en mi nombre i harán prodijios para seducir, si fuese posible, aun a los mismos elejidos.

“Cuando veais a Jerusalem rodeada de ejércitos, sabed que su destruccion está cerca: los que entónces se hallaren en la Judea, huyan a las montañas; i el que se halle en el campo, no vuelva a la ciudad a tomar sus vestidos, porque aquellos serán los días de la justicia divina.

“Muchos caerán bajo el filo de la espada, muchos serán llevados cautivos entre todas las naciones, i Jerusalem será ocupada por los paganos hasta que el tiempo de los pueblos se haya cumplido.

“Despues de estos días de afliccion, prosiguió Jesus, i cuando el reino de los cielos haya sido anunciado a todos los pueblos de la tierra, entónces vendrá el fin. El sol se oscurecerá; la luna no alumbrará; caerán las estrellas, i las potestades que hai en los cielos bambolearán. El terror se apoderará de todos los pueblos de la tierra i casi morirán de miedo.

“Entónces aparecerá la señal del Hijo del Hombre sobre una nube; todas las tribus de la tierra se lamentarán i se golpearán el pecho i se verá venir al Hijo del Hombre sobre las nubes del cielo con gran poder i gran gloria.

“I él enviará sus ánjeles para juntar a sus elejidos de los cuatro estremos de la tierra.

“Luego, pues, que empiecen a suceder estas cosas, levantad vuestras cabezas, porque vuestra libertad estará cerca.

“El cielo i la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán jamas. Aquel dia i aquella hora nadie los conoce. ¡Velad, pues, i orad!

“Cuando el Hijo del Hombre venga en toda su majestad sentado en su trono de gloria, todas las naciones de la tierra comparecerán a su presencia, i separará los unos de los otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras: colocará las ovejas a su derecha i las cabras a su izquierda.

“Entónces el rei dirá a los que están a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, a poseer como herencia vuestra el reino que os ha sido preparado desde la creacion del mundo, porque tuve hambre i me dísteis de comer; tuve sed i me dísteis de beber; era extranjero i me hospedásteis; estaba desnudo i me vestísteis; enfermo i me visitásteis; preso i vinísteis a verme. Los justos le preguntarán: ¿Señor, cuándo hicimos eso? i el rei les responderá: Lo que hicísteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a mí lo hicísteis. I entónces los justos pasarán a la vida eterna.

“I a los que están a su izquierda les dirá: Alejaos de mí, malditos; id al fuego eterno, destinado para el diablo i sus servidores.”

Todo lo que Jesus predijo en el monte de los Olivos sobre la destruccion de Jerusalem, se cumplió a la letra al cabo de cuarenta años. Lo que anunció sobre el fin del mundo no es menos cierto ni menos inevitable.

¡Caros hijos mios, ojalá que seáis entónces congregados a su derecha, i que ninguno de vosotros se encuentre a su izquierda!

39. La Santa Cena.—La muerte de Jesus se acercaba. Lo sabia él i muchas veces, en el curso de esta última semana, la predijo a sus discípulos.

Levantóse luego de la mesa, quitóse las vestiduras, tomó una tohalla, se la ciñó, i vertiendo agua en una fuente, lavó los pies a todos sus discípulos. San Pedro, lleno de respeto a su Divino Maestro, no queria permitir se humillase así delante de él. “No, Señor, le dijo: yo no sufriré jamas que me laves los piés.” Mas Jesus le respondió: “Si yo no te lavo los pies no tendrás parte conmigo.” Pedro, que amaba de todo corazon a su Maestro, le dijo apresuradamente: “¡Ah, Señor! si necesario es, lávame no solo los piés sino las manos i la cabeza.”

Cumplido este humillante misterio, volvió el Salvador a la mesa, i habló así: “¿Sabeis lo que acabo de hacer? Me llamáis Maestro i Señor, i decís verdad, porque lo soi. Si yo, pues, que soi vuestro Señor i Maestro, os he lavado los pies, haced, otro tanto unos con otros.”

En esta accion quiso Jesus, antes de dejar la tierra, dar a sus discípulos un último testimonio de amor, i al mismo tiempo un señalado ejemplo de humildad.

Lleno de tristeza volvió Jesus a tomar la palabra dirijiéndose a sus discípulos:

“En verdad os digo que uno de vosotros, el que pone conmigo la mano en el plato, va a venderme.” Seguidamente, habiendo partido un pedazo de pan, lo dió a Judas Iscariote, que lo tomó, i endurecido en el pecado salió de allí i fué a vender al Señor. El gran consejo de los judíos le habia prometido treinta monedas de plata si lograba poner a Jesus en sus manos.

Cuando Judas hubo partido, dijo el Señor con un tono grave i solemne: “Ahora es glorificado el Hijo del Hombre i Dios es glorificado en él.”

Con una profunda emocion guardó silencio por algunos instantes. Al despedirse quiso dejar a sus discípulos la última prenda de su ternura, dándoles aquel manjar divino, aquel alimento celestial de que tantas veces les habia hablado; es decir, su propio cuerpo a comer i su propia sangre a beber. Tomó un pan, i habiendo dado gracias, lo bendijo; lo partió i lo dio a sus discípulos, diciendo:

“¡Tomad i comed! *Este es mi cuerpo*, que se da por vosotros. Haced esto en memoria mia.”

Tomó igualmente la copa, dio gracias otra vez al Padre, i la pasó a sus discípulos diciendo:

“¡Tomad i bebed de ella todos, porque *esta es mi sangre*, la sangre de la nueva alianza, que será derramada por muchos en remisión de los pecados. Todas las veces que hagáis esto, hacedlo en memoria mia.”

De esta manera fué instituida la venerable Eucaristía, misterio augusto e incomprensible, en el cual un Dios, por medio de un prodigio de que solo su amor era capaz, se da a nosotros todo entero bajo las apariencias de pan i de vino, para alimento de nuestras almas i consuelo de los fieles hasta la consumacion de los siglos.

“Caros hijos mios, continuó Jesus, ya no me queda sino un corto espacio de tiempo para estar con vosotros; debo dejaros i no podreis seguirme esta vez.” Pedro exclamó:— “¿Por qué no he de seguirte? Yo daré la vida por tí.” El Señor le respondió:—“En verdad, en verdad te digo que esta misma noche, antes que haya cantado dos veces el gallo, me negarás tres veces.” Pedro porfió diciendo que, aunque le fuese necesario morir por él, no le negaria, i

todos los otros discípulos dijeron lo mismo, consultando mas su tierno afecto a su Divino Maestro, que su humana flaqueza, patente a los ojos de Jesucristo.

Todos le miraban con un aire triste i abatido; Jesus respondió: “No se turbe vuestro corazon. Hai muchas moradas en la casa de mi padre: voi a prepararos la vuestra; despues volveré i os llevaré conmigo para que, donde esté yo, esteis vosotros tambien. Yo soi el camino, la verdad i la vida.

“Todo lo que pidáis a mi Padre en mi nombre os será acordado. Yo rogaré a mi Padre; él os dará otro consolador i otro apoyo en el espíritu de la verdad. Estará en vosotros i os enseñará: no os dejaré huérfanos.

“Si me amáis, seguireis mis mandatos. El que me ama será amado de mi Padre, i yo le amaré tambien i me dará a conocer a él, i vendremos a él, i haremos nuestra mansión en él.

“Os hablo por última vez: el poder de este mundo va a venir aunque no tenga imperio alguno sobre mí. Mas para que el mundo conozca que yo amo a mi Padre i que yo hago lo que mi Padre me ha ordenado, levantaos i partamos de aquí.”

Levantóse Jesus, i despues que hubieron dado gracias, tomó el camino del monte de los Olivos, siguiéndole sus discípulos.

Cuando hubieron llegado fuera de las puertas de la ciudad, Jesus continuó sus exhortaciones: “Yo soi, dijo, la verdadera vid, vosotros sois los sarmientos, i mi Padre es el labrador. Como el sarmiento no puede de sí mismo llevar fruto sino estando en la vid, así vosotros no podreis nada sin mí: el que mora en mí i yo en él da muchos frutos; aquel que no mora en mí será desechado como un sarmiento inútil, que se marchitará, lo echarán al fuego i arderá.

“El precepto que os doi es el de amaros unos a otros como yo os he amado. Si el mundo os aborrece, sabed que antes que vosotros me aborreció a mí.

“Muchas aflicciones tendreis que sufrir en el mundo, pero tened confianza: *yo he vencido al mundo.*”

Despues de haber dicho estas palabras, se detuvo Jesus a alguna distancia del monte de los Olivos, mui cerca del torrente Cedrón, i rodeado de sus discípulos, levantó los ojos al cielo i oró.

“Padre mio, la hora ha llegado. He cumplido la obra que me encargaste, i ahora glorifícame para que tu Hijo te glorifique. Glorifícame tú en tí mismo con aquella gloria que tuve en tí antes que fuese el mundo. He manifestado tu nombre a los hombres que me diste: tuyos eran i guardaron tu palabra.

“Les he dado las palabras que me diste i las han recibido, i han conocido verdaderamente que yo salí de tí i han creído que me enviaste a la tierra.

“Padre Santo, guarda por tu nombre a los que me diste, para que todos sean unos como nosotros somos unos. Santificalos por tu verdad: tu palabra es la verdad.

“Por ello me santifico a mí mismo para que ellos sean tambien santificados en verdad.

“No ruego solo por ellos, sino por todos los que han de creer en mí por la palabra de ellos: para que como tú, Padre, en mí, i yo en tí, asi sean ellos una cosa en nosotros.

“Padre: quiero que aquellos que me diste estén conmigo, para que vean la gloria que me diste; porque me has amado antes del establecimiento del mundo.”

Después que Jesús hubo orado así, atravesó el torrente Cedron i se dirigió al monte de los Olivos.

40. Jesús en el Monte de los Olivos—Sus discípulos le siguieron con el corazón oprimido en una granja que llevaba el nombre de Gethsemaní, i volviéndose Jesús hacia ellos, les dijo: “Sentaos aquí mientras voi a orar, i orad también vosotros para que no entreis en tentación.”

Solo Pedro, Juan i Santiago le acompañaron a lo interior del Huerto; i luego empezó Jesús a entristecerse i angustiarse, i les dijo: “Triste está mi alma hasta la muerte: aguardad aquí i velad conmigo.”

I habiendo dado algunos pasos más, se prosternó i oró en alta voz, diciendo: “Padre mío, si es posible, aléjese de mí este cáliz, pero cúmplase tu voluntad, no la mía.”

Volvió entonces a sus discípulos, i encontrándolos dormidos, les dijo: “¿Ni una hora habeis podido velar conmigo? Velad i orad para que no entreis en tentación. Que si bien el espíritu está pronto, la carne es débil.”

Alejóse por segunda vez i oró con nuevo fervor. I volviendo otra vez a sus discípulos, como los viese rendidos al sueño, les amonestó de nuevo que velasen, i se retiró por tercera vez a orar.

Entonces empezó a sufrir una agonía mortal. El espíritu, sometido a la voluntad del Padre, luchaba con la flaqueza de la carne, i este combate interior causó en todo su cuerpo una agitación violenta i un sudor de sangre que corría hasta el suelo.

“Padre mío, repitió, si no es posible que se aleje de mí este cáliz, cúmplase tu voluntad.” I entonces vino un ángel del cielo a confortarle.

Tranquilo i sereno volvió a sus discípulos i les dijo: “Basta; la hora ha llegado; el Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. Levantaos, vamos, el que me ha vendido se acerca,”

Apenas había acabado estas palabras, cuando apareció una multitud de hombres armados de espada i palos: otros llevaban antorchas i Judas Iscariote los acaudillaba. Éste, acercándose a Jesús i besándole: “Maestro, le dijo, Dios te guarde.” Porque tal era la señal concertada con aquellos hombres para que supiesen a quien debían prender.

Jesús, dirigiéndose a Judas con un tono de voz capaz de enternecer a las piedras: “Amigo mío, le dijo, a qué has venido? ¿Con un beso de paz traicionas al Hijo del Hombre?” Después, adelantándose hacia las tropas, dijo: “¿A quién buscáis?”—Ellos respondieron: “A Jesús Nazareno.”

—I Jesús les dijo: “Yo soy.” Espantados al oír estas palabras, retrocedieron i cayeron en tierra como si hubiesen sido heridos por un rayo. Cuando volvieron en sí Jesús les preguntó por segunda vez: “¿A quién buscáis?” “A Jesús Nazareno,” respondieron de nuevo. Jesús contestó: “Ya os he dicho que yo soy. Si es, pues, a mí a quien buscáis, dejad a éstos.” (Señalando a sus discípulos.)

Entonces pusieron las manos sobre Jesús i le prendieron. Pedro sacó su espada e hiriendo a uno de los siervos del Pontífice, le cortó la oreja derecha. Mas Jesús le contuvo i le dijo: “Pon tu espada en la vaina, ¿Piensas que si yo rogase no enviaria mi Padre a mi socorro doce legiones de ángeles que me defendiesen? ¿Debo rechazar la copa que el Padre me ha dado a beber? Los que a espada hieren a espada morirán.” Dirigiendo entonces la palabra a los sacerdotes i majistrados que habían venido entre aquella jente, díjoles: “Como contra un ladrón o asesino habeis venido a mí con espadas i palos a

prenderme. Cada día estaba con vosotros en el Templo i jamás alargasteis la mano contra mí; mas esta es vuestra hora i la potestad de las tinieblas.” Inmediatamente curó la oreja del herido i se dejó maniatar. I todos sus discípulos le desampararon i huyeron.

41. Ultima noche de Jesus.—Maniatado como un malhechor le llevaron a Jerusalem. Primero le condujeron a casa de Anás, hombre de grande autoridad entre los judíos, porque habia sido Sumo Sacerdote muchos años, aunque a la sazón lo era Caifás, su yerno. Jesus entró en la sala con la serenidad de la inocencia, i Anás le interrogó acerca de sus discípulos i de su doctrina, a lo cual contestó Jesus: “Enseñaba en la Sinagoga, en el Templo, a donde todos los judíos concurren: nada he hablado en secreto. ¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta a los que me han oído.” Entónces uno de los alguaciles le dió una bofetada en la cara diciendo: “¿Así respondes al Pontífice?” Mas Jesus mirándolo benignamente le dijo: “Si mal he hablado, acúsame; i si bien, ¿por qué me hieres?”

Tras esto Anás le envió a Caifás, Sumo Pontífice de aquel año; estaba ya reunido el consejo en su casa, i se habian comprado con dinero testigos falsos, que vinieron, uno en pos de otro a declarar contra el Salvador i no temieron calumniarle. Sus deposiciones, sin embargo, no estaban de acuerdo, i no podian convencerle de ningún crimen. Tranquilo el Señor en medio de ellos, los escuchaba en silencio, cuando de repente se levanta el Pontífice i dirige la palabra a Jesus: “¿Nada respondes a lo que éstos deponen contra tí?” Jesus callaba. Caifás en alta voz i tono solemne: “Te conjuro, le dice, por el Dios vivo, a que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios.” Jesus responde: “Tú lo has dicho: i mas te digo que vereis al Hijo del Hombre que descenderá del cielo sentado en las nubes, a la diestra del poder de Dios.” Al oír esto, Caifás, rasgando sus vestiduras, exclamó: “¡Ha blasfemado! ¿Qué os parece?” Todos respondieron: “Es reo de muerte.” De este modo la inocencia i la santidad misma fué condenada a muerte por los pecadores.

Los soldados condujeron a Jesus al atrio del palacio, donde durante toda la noche no cesaron de hacerle ultrajes. Escupíanle unos, otros le tapaban los ojos, le daban de golpes i le decian: “Adivina quién te dió.” Se propasaron a cuanto su corazón malvado podia sugerirles, i Jesus permaneció sereno i paciente en medio de tantas injurias. Entre tanto Pedro que, ansioso de saber la suerte de su Maestro, le habia seguido a lo lejos, estaba sentado en el atrio cerca del fuego a que se calentaban los alguaciles i siervos del Pontífice. Una criada se acercó a él, i así que le vió exclamó: “Este tambien estaba con el Nazareno.” Pedro, medroso, dijo: “Es falso, no le conozco;” i el gallo cantó por la primera vez; pero Pedro, todo turbado, apenas lo oyó. Un momento despues, uno de los de Caifás le clavó la vista i dijo: “Este hombre es tambien uno de ellos.” I Pedro le negó de nuevo. De allí a poco otro de los sirvientes le dijo: “Ciertamente, tú eres de esos, porque pronuncias como los galileos.” Pedro entónces negó por la tercera vez al Señor, i empezó a maldecir i a jurar, protestando que no conocia a tal hombre; i estaba hablando, cuando cantó otra vez el gallo. Volviendo el rostro el Señor, echó una triste i tierna mirada a su discípulo, que, conmovido por ella hasta el fondo del alma, se acordó de las palabras que Jesus le habia dicho el día antes, i, arrepentido, salió afuera i lloró amargamente.

Velemos i oremos para no caer en tentación.

Hacer una vida criminal es tambien renegar al Señor.

42. Jesus delante del juez temporal.—Vino el día. Al amanecer se reunió de nuevo el consejo. Jesus fué conducido otra vez a su presencia, i dio allí testimonio a la verdad, como el día anterior, i el consejo pronunció por segunda vez sentencia de muerte. Levantáronse todos i llevaron a Jesus a presencia de Pilato, gobernador romano. Salió este de su palacio, subió al tribunal i preguntó qué delito habia cometido aquel hombre. El juez era pagano, la inocencia era juzgada i los magnates de Israel le acusaban.

Pilato preguntó: “¿De qué acusais a este hombre?” Los sacerdotes judíos respondieron: “Pervierte al pueblo, impide que se pague el tributo al emperador i se da por Rei de los judíos.” El gobernador interrogó a Jesus, diciendole: “¿Eres el Rei de los judíos?” “Sí soi,” respondió Jesus. Como los sacerdotes le acriminaban i Jesus los escuchaba en silencio, le reconvino Pilato. “¿No ves de cuántas cosas te acusan? ¿Nada respondes?” Jesus continuó guardando silencio, de lo que se maravilló el gobernador en gran manera.

Volviendo entónces al palacio, hizo venir a Jesus i le preguntó: “¿Eres en efecto Rei?”—Jesus respondió: “Tú lo has dicho, pero mi reino no es de este mundo.” Pilato volvió al tribunal i les dijo: “Yo no encuentro crimen alguno en ese hombre.” Mas los sacerdotes, insistiendo mas i mas, añadieron: “Él subleva al pueblo con la doctrina que esparce por toda la Judea, desde la Galilea, donde ha principiado esta secta, hasta Jerusalem.”

Cuando Pilato oyó hablar de la Galilea, país de la jurisdicción de Herodes, que estaba entónces en Jerusalem, envióle luego a aquel príncipe, i todo el consejo de los sacerdotes i ancianos fué tras él para acusarle de nuevo. Herodes se alegró de ver a Jesus, esperando que haria algún milagro; hízole mil preguntas i Jesus no le respondia nada.

Entónces Herodes comenzó a mofarle con los de su corte, i, por pasatiempo i escarnio, mandó que le pusiesen una ropa blanca como de Rei, i en este traje le hizo volver a Pilato. Jesus toleraba todos estos ultrajes en silencio i se dejaba conducir de un tribunal a otro sin quejarse ni manifestar alteracion en su semblante.

El traidor Judas, horrorizado del crimen espantoso que habia cometido, se abandonó a la desesperacion, i, despues de arrojar a los piés de los sacerdotes las treinta monedas de plata por las cuales habia vendido a Jesus, se fué i se ahorcó. No les pareció a los sacerdotes que era lícito poner en el Arca del Templo un dinero que habia sido el precio de la sangre i la vida de un hombre, i lo que hicieron fue comprar con aquellas monedas el campo de un alfarero para enterrar allí a los extranjeros, i dieron a este campo el nombre de *Acelandama*, que quiere decir *campo de sangre*. Así se cumplió la prediccion de un profeta, que Jesus seria puesto a precio, que seria vendido en treinta monedas de plata i que con esta plata se compraria el campo de un alfarero.

Como era costumbre entre los judíos dar libertad a un reo en la fiesta de Pascua, Pilato, acordándose de un salteador llamado Barrabás, dijo al pueblo: “¿A cuál de los dos quereis que os suelte, a Jesus o al asesino Barrabás?” Esperaba que le pedirian la libertad de Jesus; mas el pueblo, escitado por los sacerdotes, exclamó a una voz: “No queremos a Jesus, suéltanos a Barrabás.” Pilato, que deseaba vivamente salvar a Jesus, respondió: “¿I qué quereis, pues, que haga de Jesus, a quien vosotros llamáis Rei de los judíos?” I todos respondieron: “crucifícale.” Pilato entónces soltó a Barrabás i entregó a Jesus a los soldados para que le azotasen.

Condujéronle éstos al interior del pretorio i juntaron toda la corte. Quitáronle sus vestidos, le amarraron a una columna i le azotaron. Despues, habiendo tejido una corona de espinas, se la ciñeron a la cabeza como insignia real; le vistieron un manto de púrpura, le pusieron en la mano derecha una caña, a guisa de cetro, e hincando ante él las rodillas, le mofaban diciendo: “¡Salud, Rei de los judíos!” Otros le escupian la cara, le quitaban la caña de la mano i le daban con ella en la cabeza: las espinas se le hundian en las sienes i su rostro se cubria de sangre.

En este estado le hizo conducir Pilato ante el pueblo. El Salvador del Mundo apareció a vista de la multitud cubierto de sangre, pálido, desfigurado por los tormentos, llevando sobre su cabeza la corona de espinas i el manto real sobre sus espaldas. “Mirad a este hombre,” dijo el juez pagano, compadecido, señalando a Jesus, i repitió de nuevo: “Ningún crimen he hallado en él.” Mas por segunda vez resonó el grito sanguinario i tumultuoso “crucifícale,” i los caudillos del pueblo le dijeron: “Si lo dejas en libertad, no eres amigo del César, porque este hombre se llama Rei i nosotros no conocemos mas rei que el César.”

Estas palabras intimidaron al gobernador. Como creciese el alboroto, pidió agua i lavándose las manos delante del pueblo dijo: “Inocente soi de la sangre de este justo: allá lo veais vosotros,” i le entregó a ellos para que le crucificasen. Jesus, en medio de tantos ultrajes, no proferia queja alguna; no se veia señal de impaciencia en su rostro, sino de humildad i mansedumbre; habia resuelto padecer i no temia la muerte.

¡Cuán divino aquel silencio! ¡Cuán adorable aquella paciencia!

43. Jesus crucificado en el Gólgota.—Los soldados se apoderaron de Jesus, le quitaron el manto de púrpura i le pusieron otra vez sus vestidos. Se le hizo atravesar la ciudad de Jerusalem para conducirlo al lugar del suplicio: cargado con la Cruz caminaba entre dos malhechores, a quienes estaba destinada igual suerte. Como Jesus, rendido a tantos padecimientos, desfallecia ya bajo el peso de la Cruz, obligaron a un hombre llamado Simón a que le ayudase a cargarla. Iba Jesus por medio de la multitud orando en silencio, i, como fuesen tras él muchas mujeres llorando, se volvió hacia ellas i les dijo: “Hijas de Jerusalem, no lloreis por mí; mas llorad por vosotras mismas i por vuestros hijos, porque si el leño verde es tratado así, ¿qué se hará al seco?” Es decir, si el inocente es castigado con tanto rigor, ¿qué castigos no deben esperar los culpables?

Hacia las nueve de la mañana llegó Jesus al lugar del suplicio. El Cordero de Dios se detuvo en medio del Calvario. Presentáronle vino mezclado con mirra, i, habiéndolo probado, rehusó beber mas. Arrancáronle luego los vestidos, le clavaron pies i manos a la Cruz, i a sus dos lados crucificaron dos malhechores. A pesar de crueles sufrimientos no se quejó ni murmuró; solo se le oyeron pronunciar distintamente estas palabras: “Padre mio, perdonadles, porque no saben lo que hacen.” Los soldados en seguida se repartieron sus vestidos i echaron suerte para saber a cuál de ellos le tocaria la túnica. Muchos de los que le rodeaban blasfemaban contra él i otros le mofaban en alta voz. Mas Jesus no respondió, i solo cuando el malhechor crucificado a su derecha, penetrado de un arrepentimiento profundo, le dirigió la palabra, suplicándole que no le olvidase, el Señor, lleno de bondad, le dijo: “Hoi serás conmigo en el Paraíso,” Juan, su discípulo querido, estaba al pie de la Cruz i a su lado Maria,

la Madre del Salvador. Vióle Jesus, i, señalando a Juan con los ojos, díjola: “Hé ahí tu Hijo,” i luego, mirando a Juan, dijo a éste: “Hé ahí tu Madre.”

¡Oh, hijos míos! Entónces fué cuando el alma de Maria, segun la prediccion del anciano Simeon, fué traspasada por la espada del dolor. ¡Cuál debia ser el sentimiento de esta buena Madre, viendo morir a su hijo en el mas cruel i mas infame de los suplicios! Con justicia le da la Iglesia el nombre de Madre de los Dolores, convidándonos a invocarla con él. Recurramos a ella con filial confianza. Jesus nos la dió por Madre cuando la dió por Madre a Juan. Ella nos prohijó al pie de la Cruz, nos ama con una ternura materna i nos protege desde el cielo, donde el valor de su intercesion es tan alto, como grande su amor a nosotros.

Hacia el medio dia empezaron a derramarse por todas partes espesas tinieblas. El cielo i la tierra se oscurecieron: esta noche borrascosa duró cerca de tres horas. Jesus siguió sufriendo en silencio tormentos indecibles.

Hacia las tres de la tarde exclamó en alta voz: *¿Dios mio, Dios mio, por qué me has abandonado?* I poco despues dijo: *Sed tengo*. Un soldado acercó a sus labios en una caña una esponja empapada en vinagre; Jesus lo probó, i despues exclamó: “Cumplido está todo. Padre mío, en tus manos entrego mi espíritu.” Al pronunciar estas palabras, bajó la cabeza i espiró.

Alabemos al Señor i démosle muestras de nuestro reconocimiento i adoracion. Por nosotros padeció, por nosotros derramó su sangre, por nosotros murió.

En el momento en que Jesus exhaló el alma, el velo del Templo se rasgó en dos, la tierra tembló, las rocas se hendieron i se abrieron los sepulcros. A vista de lo que sucedia, el centurion que custodiaba a Jesus se llenó de pavor i dijo en voz alta: “Este hombre era verdaderamente Hijo de Dios.” La muchedumbre que rodeaba la Cruz se alejó en silencio dándose golpes en el pecho.

Dos hombres distinguidos entre los judíos vinieron el Viernes mismo por la noche a quitar de la Cruz el cadáver ensangrentado del Señor. Estos eran el senador José de Arimatea i Nicodémo, doctor de la Lei. Envolvieron el cuerpo en sábanas finas i lo llevaron a un huerto, donde en una roca habia un sepulcro que José habia hecho construir para sí; en este sepulcro, enteramente nuevo, depositaron el cadáver i echaron una losa encima. Allí debia reposar el cuerpo del Señor durante el dia siguiente que era Sábado. Una partida de soldados, a instancias de los judíos, custodiaban el sepulcro.

44. Resurreccion de Jesus.—Apenas comenzaba a lucir el alba del tercer dia, cuando repentinamente sobrevino un terremoto. Un Anjel del Señor descendió del cielo i quitó la losa que cerraba el sepulcro.

Jesucristo salió de la tumba, lleno de vida, brillante de gloria i de luz, vencedor de la muerte i de todas las potestades enemigas.

Los soldados que le guardaban, llenos de terror, cayeron en torno del sepulcro, como si hubiesen sido heridos de muerte. Cuando volvieron en sí huyeron con precipitacion a la ciudad i fueron a anunciar al consejo lo que acababa de pasar.

Desde la venida del dia varias mujeres piadosas, tiernamente adictas a Jesucristo, se encaminaron hacia el sepulcro de su Maestro, pero lo encontraron vacío; solamente hallaron la sábana en que el Salvador habia sido envuelto. Contemplábanse tristemente aquellas reliquias, cuando de repente les aparecieron dos ángeles resplandecientes, que les dijeron: “Buscais a Jesus

Nazareno que ha resucitado: no está aquí ya id i dad esta nueva a sus discípulos.”

Llenas de temor i de alegría corrieron a darles la noticia.

María Magdalena permanecía sola cerca del sepulcro, lloraba amargamente, i fijaba sus ojos bañados en lágrimas sobre el lugar donde habia sido depositado el cadáver de su Maestro. Los dos ángeles le dijeron: “¿Mujer, por qué lloras?” “¡Ai! respondió ella sollozando, me han robado mi Señor, i no sé dónde le han puesto.”

Despues de haber pronunciado estas palabras, se dio vuelta i vió a uno que estaba en pie detras de ella. Pensando que era el hortelano le dijo: “¿Señor, si eres tú quien le ha llevado, dime dónde le has puesto?” Aquel a quien hablaba le dijo entónces con una voz que le era bien conocida: “¡María!” Era Jesus. Ella le reconoció, i echándose a sus pies, exclamó: “Maestro mio!” Jesus le dijo: “Vé a buscar a mis hermanos i diles que me has visto.” Pronunciadas estas palabras desapareció.

En la tarde se mostró de nuevo a dos de sus discípulos que iban a una aldea llamada Emmáus. En la noche del mismo dia se apareció repentinamente en Jerusalem, en medio de la sala en que sus discípulos se hallaban reunidos, no obstante que las puertas habian sido cerradas. Saludóles, enseñóles las señales de los clavos de sus manos i de sus pies, como tambien su pecho traspasado, i les dijo: “Así como mi Padre me ha enviado, os envio yo a vosotros.” Sopló entónces sobre ellos i añadió: “Recibid el Espíritu Santo. A quienes vosotros perdonáreis los pecados le serán perdonados; a quienes vosotros los retuviéreis les serán retenidos,” i al instante desapareció.

Ocho dias despues se dejó ver otra vez en medio de ellos. A Tomas, que habia estado ausente cuando su aparicion primera i dudaba de su resurreccion, le mostró las señales de los clavos, i le permitió que le metiese los dedos en la herida del costado para que se disipasen sus dudas. Tomas se echó a sus pies i le adoró diciendo: “Mi Señor i mi Dios.” Jesus le dijo estas, palabras notables, dignas de meditarse en todos los tiempos: “Porque has visto has creido. Bienaventurados los que no vieron i creyeron.”

45. Jesus se eleva al Cielo.—Despues de su resurreccion, permaneció Jesus sobre la tierra durante cuarenta dias. En este tiempo apareció varias veces a sus discípulos en la Galilea: un dia mui temprano, a las orillas del lago de Genezareth, otra vez a presencia de quinientos de sus discípulos i en muchas ocasiones mas, en todas las cuales les hablaba del reino de Dios i los fortificaba en la esperanza i la caridad.

Recomendó a sus apóstoles que se encontrasen en Jerusalem en un dia determinado, i en el momento dejaron la Galilea para transportarse allá. A los cuarenta dias se les Apareció Jesus i les dirigió, como un adiós, las palabras siguientes:

“Todo poder me ha sido dado en el cielo i sobre la tierra. Permaneced en Jerusalem i guardad el don de mi Padre, que os ha sido prometido, porque dentro de pocos dias sereis bautizados por el Espíritu Santo. Id entónces por todo el mundo e instruid a todas las naciones, bautizándolas en nombre del Padre i del Hijo i del Espíritu Santo, i enseñadles a observar todas las cosas que os he ordenado. Estad seguros que yo seré con vosotros hasta el fin de los siglos.”

Después que el Señor les hubo hablado así, los condujo hasta Bethania i subió con ellos hasta el monte de los Olivos. Llegando allí levantó sobre ellos las manos, i habiéndoles dado su bendición, dijo: “Yo subo a mi Padre i vuestro Padre, a mi Dios i vuestro Dios.” I esto dicho, le vieron subir en el aire i elevarse mas i mas a los cielos, hasta que una nube brillante lo ocultó a sus ojos.

Llenos los discípulos de sorpresa i admiración, tenían fija todavía su vista en el cielo, cuando dos ángeles vestidos de blanco se presentaron a ellos i les dijeron: “Así como le habeis visto subir a los cielos, así volverá.”

Los discípulos regresaron a la ciudad penetrados de una santa alegría, i sin cesar estaban en el Templo alabando i bendiciendo a Dios.

Jesus, Nuestro Salvador, está ahora en el cielo, desde donde gobierna su Santa Iglesia, i dirige los destinos de todos aquellos que creen en él.

Hijos míos, caminad delante de él i sed piadosos. Sus ojos están constantemente abiertos sobre nosotros i su tierna solicitud vela sin cesar sobre nuestra suerte. Obedeced como niños buenos, huid del pecado i así os será dado un día hallaros en el lugar donde él está i participar de su felicidad.

46. Jesus envía a sus Apóstoles el Espíritu Santo.—Diez días hacia que los discípulos aguardaban llenos de esperanza el don que les había sido anunciado. Sobrevinieron las fiestas de Pentecostés, i la ciudad de Jerusalén estaba llena de israelitas recién venidos de todas las partes del mundo. Los discípulos se habían reunido en un solo lugar, perseverando en la oración. De repente se oyó un gran ruido, como el de un viento impetuoso que venía del cielo, i se estremeció la casa. Al mismo tiempo se vieron aparecer unas llamas semejantes a las lenguas de fuego sobre la cabeza de cada uno de los discípulos. Quedaron estos llenos del Espíritu Santo, i empezaron a hablar varias lenguas.

Este acontecimiento fué de mañana, i, habiéndose esparcido la noticia, acudió allí gran multitud del pueblo que se admiraba de oír a unos hombres de Galilea, llenos de divina inspiración, celebrar altamente las alabanzas de Dios en lenguas extranjeras.

Adelantándose Pedro a los otros, dijo a la multitud: “Varones israelitas, i vosotros todos habitantes de Jerusalén, escuchad: Jesus de Nazareth, a quien visteis hacer en medio de vosotros tantos prodigios i milagros; Jesus de Nazareth, a quien crucificásteis, ha resucitado de entre los muertos. Dios le ha vuelto la vida i todos nosotros hemos sido testigos. Este mismo Jesus, que ha subido al cielo, es el que hoy ha derramado sobre nosotros el Espíritu Santo i él es a quien Dios ha hecho Señor i Cristo.”

Los habitantes de Jerusalén, oídas estas palabras, fueron tocados de compunción en sus corazones, i dijeron a los Apóstoles: “Hermanos, ¿qué debemos hacer nosotros?” Pedro les respondió: “Convertios, i sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo, para que obtengais la remisión de vuestros pecados, i entónces recibireis el don del Espíritu Santo, porque esta promesa concierne a vosotros i a vuestros hijos, como también a los que viven lejos de vosotros i fueron llamados por el Señor, vuestro Dios.” Mas de tres mil personas se hicieron bautizar en este día i abrazaron la fe de Jesus: todas las cuales perseveraron en las doctrinas de los Apóstoles, i permaneciendo unidas de corazón i espíritu, comían juntas i vivían en la mayor armonía. Alababan al Señor con alegría i eran amadas del pueblo, i el Señor añadía todos los días nuevos fieles a su Iglesia para salvarlos en ella.

47. Jesus vive en los suyos.—Pocos dias despues, como Pedro i Juan subiesen al Templo para asistir a las oraciones, un pobre paralítico de nacimiento, que, sentado a la puerta imploraba la caridad de los que pasaban, pidió tambien limosna a los dos Apóstoles. Pedro le dijo: “Yo no tengo oro ni plata, mas lo que tengo te doi. En nombre de Jesus de Nazareth, levántate i anda,” i tomándole de la mano le levantó, i en el mismo instante lleno de fuerza empezó a andar, i saltando de gozo, alababa a Dios. Todo el pueblo, al verle andar, se llenó de espanto i admiracion. Pedro exclamó entónces: “No somos nosotros, sino el poder de Jesucristo, a quien hicisteis morir, el que ha obrado la curacion de este hombre. Dios envió a Jesus para vuestra bendicion i vuestra salud.” Hablaban los Apóstoles todavia, cuando llegó la guardia del Templo i se apoderó de ellos. Viéronse obligados a pasar la noche en la cárcel, i al dia siguiente el gran consejo los hizo traer a su presencia para interrogarlos.

Inspirado Pedro por el Espiritu Santo, se defendió en estos términos, señalando un paralítico que estaba presente: “Por el poder de Jesucristo, que fué crucificado por vosotros, i a quien Dios resucitó de entre los muertos, se os presenta sano este hombre. Solo en Jesus puede haber salvacion; ningún otro puede salvarnos.”

La intrepidez de Pedro puso a los jueces en un conflicto; no se atrevian a imponer castigos a los Apóstoles, porque temian al pueblo. Se limitaron, pues, a prohibirles con amenazas que hablaran mas de Jesus i que enseñasen su doctrina. Pero Pedro i Juan le respondieron con franqueza: “Juzgad vosotros mismos si será justo obedeceros a vosotros antes que a Dios. Por lo que a nosotros toca, no podemos dejar de hablar de las cosas que hemos visto i oído.” Entónces los dejaron ir.

Aquel que reconoce al Señor delante de los hombres será tambien reconocido un dia por suyo delante de su Padre que está en los cielos.

48. Estévan el primer mártir.—Habia una multitud de judíos que despreciaban la gracia del Señor, i endurecidos en su incredulidad, rechazaban la salvacion que se les ofrecia. Llenos de odio a Jesus, perseguian a sus discípulos; pero con estas persecuciones solo lograban realzar el brillo de sus virtudes.

Estévan, hombre lleno del Espiritu Santo, hacia grandes prodijios i milagros en presencia del pueblo i contribuia poderosamente a estender la fe de Jesus. Los judíos obstinados le tomaron grande aversion i le buscaban para disputar con él; pero no podian resistir a la sabiduria i a la verdad poderosa de sus palabras.

Demasiado viles para reconocer la verdad, trataron de concitar el odio del pueblo contra este discípulo de Jesus i sobornaron testigos que aseguraron haberle oido blasfemar contra Dios i contra Moisés. El pueblo, irritado, se lanzó sobre Estévan, asíó de él i le llevó al consejo. Compareció Estévan sin temor a la presencia de sus jueces. Una serenidad anjélica estaba pintada en toda su fisonomia. Manifestó su fe en Jesus i les dirigió estas palabras: “Siempre os oponéis al Espiritu Santo: haceis en esto lo mismo que vuestros padres hicieron en otro tiempo: dieron muerte a los profetas que les anunciaban la venida del Mesias i acabais de traicionarle i de hacerle morir.”

Este discurso los enfureció: rechinaban sus dientes de cólera. Estévan, levantando los ojos, vió abrirse el cielo i a Jesus en pie cerca del trono de Dios. Volviendo la cara a los ojos del consejo les dijo: “Veo los cielos abiertos i al Hijo del Hombre que está en pie a la diestra de Dios.” Aquellos hombres furiosos

lanzaron entónces gritos espantosos, se taparon los oídos, echáronse sobre Estévan i le arrastraron fuera de la ciudad para matarle a pedradas. Estévan, puesto de rodillas, dijo en alta voz: “Señor, Jesús, recibe mi alma i no les imputes este pecado.” I cayó muerto bajo la lluvia de piedras.

Solo el que ama a Jesús mas que su propia vida es su verdadero discípulo i puede estar seguro de salvarse.

49. Conversion de Pablo—Pablo llevaba antes el nombre de Saulo, i era un enemigo encarnizado de Jesús i de los cristianos. Como jóven, habia tomado parte en el suplicio de Estévan, guardando los vestidos de los que le apedreaban; i para saciar su odio contra los cristianos, se dirigió al Sumo Pontífice i le pidió permiso para ir a Damasco, con pleno poder para prender a todos los discípulos de Jesús que allí se encontrasen, fuesen hombres o mujeres, i traerlos a Jerusalem. Púsose en camino para ejecutar su pensamiento, i ya estaba cerca de Damasco, cuando descendió del cielo una luz extraordinaria que le deslumbró. Despavorido, cayó en tierra i oyó una voz que le dijo: “Saulo, Saulo, ¿porqué me persigues?” Prostrado pregunta Pablo: “¿Quién eres, Señor?” La voz respondió: “Yo soi el mismo a quien tú persigues.” Pablo preguntó de nuevo: “Señor, ¿qué quieres que haga?” I el Señor le dijo: “Levántate i entra en la ciudad; allí te dirán lo que has de hacer.” Pablo se levantó del suelo; volviendo los ojos a su alrededor no vió nada: habia quedado ciego. Sus compañeros lo condujeron por la mano a la ciudad.

Tres días enteros permaneció ciego, sin comer ni beber. Al fin de este tiempo, Ananías, piadoso siervo de Jesucristo, vino a la casa que habitaba Pablo, le impuso las manos i le dijo: “El Señor, Jesús, que se te apareció en el camino, me ha enviado a tí para que recobres la vista i seas lleno del Espíritu Santo.” En el momento cayeron de sus ojos unas como escamas, con lo que recobró la vista i se hizo bautizar.

Desde entónces se volvió uno de los mas celosos adoradores del Mesías i recorrió países lejanos predicando a los jentiles el Evangelio de Jesucristo. Su corazón se penetró de un amor puro i santo hácia Dios i hácia los hombres; animábale un celo ardiente por la gloria de Dios; humilde como un niño en medio de la sabiduría celestial que le alumbraba, se hizo para millares de hombres una fuente de bendición.

En el curso de su heroica carrera tuvo mucho que padecer por la fe cristiana; pero la mano del Señor estaba sobre él, le daba aliento i no le abandonaba jamas. Bajo el peso de las cadenas, en medio de los tormentos, se mantuvo valiente i animado de una viva esperanza. Todo lo sufrió con paciencia por amor al Señor; i al fin, como un testigo fiel, derramó su sangre, sellando con ella la santa doctrina que habia predicado a los hombres.

50. La Santa Iglesia de Jesucristo.—Los Apóstoles, segun lo habia ordenado Jesús, se esparcieron por toda la tierra i algunos de ellos penetraron hasta los países mas lejanos para anunciar la feliz nueva del reino de Dios. El Señor los llenó de celestial vigor: obraron grandes milagros en su nombre; curaron muchos enfermos i aun resucitaron muertos. Solia la jente llevar los enfermos i ponerlos en su camino i bastaba para sanarlos que la sombra de un Apóstol cayese sobre ellos: al instante mismo dejaban su lecho i quedaban enteramente libres de sus padecimientos.

Convencidas por sus milagros, las almas rectas i sinceras escuchaban atentamente las palabras de los Apóstoles i abrian sus corazones a la fe. Así fué fundada la Iglesia Santa de Jesús i se acrecentó mas i mas. Sus secuaces

fueron llamados cristianos, del nombre de su maestro. Multiplicábase su número de día en día: hombres i mujeres, jóvenes i viejos, ricos i pobres, judíos i paganos, todos unian sus espíritus en Jesus por la fe i el amor. No formaban mas que un corazon i un alma, llenos de una confianza imperturbable, pacientes en la adversidad, fervorosos en la oracion. El Señor estaba en medio de ellos, aunque invisible a sus ojos. Su espíritu divino los animaba i les enseñaba a llevar una vida santa. Velaba sin cesar sobre ellos i con su mano protectora guiaba sus pasos. Una severa disciplina los preservaba del pecado i los mantenía en pureza, porque el Señor castigaba a veces de un modo ejemplar a los que quebrantaban la fe. Un día dos personas, marido i mujer, recientemente bautizadas, quisieron engañar a Pedro, i el Señor, que mira con horror la mentira, hirió a ambos de muerte repentina en el instante mismo que sus labios acababan de perjurar.

Donde quiera que se fundaba una Iglesia cristiana, acostumbraban los Apóstoles establecer maestros, que penetrados del mismo espíritu que ellos, predicasen el Evangelio a las almas que estaban encomendadas a su cuidado. Así ha pasado la divina enseñanza de jeneracion en jeneracion, bajo la guarda del Señor, i a manera de un río que vivifica todo lo que bañan sus aguas, se derramará por todos los siglos hasta el fin del mundo.

Muchos de los primeros Apóstoles nos han dejado por escrito las instrucciones de su divino Maestro, i nunca podremos mostrar al Señor todo el reconocimiento que debe inspirarnos un beneficio tan grande.

El Apóstol San Mateo escribió el primer Evangelio, es decir, la primera historia de la vida, pasion i glorificacion de Jesucristo. El segundo fué escrito por San Marcos, uno de los discípulos de San Pedro. San Lucas, compañero de San Pablo, fué autor del tercero, i el Apóstol San Juan dio a luz el cuarto. San Lucas nos ha dejado tambien una bella historia, que nos da noticias interesantes sobre la vida i la suerte de los Apóstoles.

San Pablo escribió gran número de epístolas o cartas, pero solo catorce han llegado a nosotros. Una de ellas es dirigida a los cristianos de Roma, dos a los fieles de Corinto, una a las comunidades de Gálatas, una a los habitantes de Efeso, una a los Felipenses, una a la Iglesia de Colosas, dos a los habitantes bautizados de Tesalónica, dos a su discípulo Timoteo, una a Tito, otra a Filemon, últimamente una a los Hebreos.

Santiago nos ha dejado una epístola, San Pedro dos, el Apóstol San Juan tres i San Judas una. El libro de la revelacion de San Juan, conocido bajo el nombre de Apocalipsis, termina, el catálogo de la Escritura Santa. Esta revelacion le fué hecha en la isla de Patmos, i la escribió para conocimiento de los hombres por órden divina.

¡Sean sagrados para nosotros estos preciosos documentos de nuestra fe! En ellos resplandece una verdad enteramente divina, de donde todos los hombres pueden sacar instruccion saludable i benéficas consolaciones.

¡Caros hijos míos, Jesus vive i aun vivirá eternamente!

¡Todo poder le ha sido dado sobre el cielo i la tierra! ¡Creed en él!
 ¡Esperad en él! ¡Amadle de todo vuestro corazon durante vuestra vida entera!
 ¡Recorred i guardad en el fondo de vuestras almas su sagrada doctrina!
 Respetadla, seguidla. Así os hareis lujos piadosos de Dios; así sereis preservados del mal; así vivireis para la gloria de Jesucristo; así sereis contados para siempre en el número de los suyos. El espíritu de Jesus sea con vosotros, i os guíe por este camino peligroso del mundo hasta la vida eterna.

Conclusión.—Tal es la historia abreviada de nuestra santa religión, historia que por todas partes hace brillar ante nuestros ojos la bondad infinita de Dios para con los hombres. Por esta religión revelada ha querido enseñarnos cómo debemos emplear sobre la tierra los dones que hemos recibido de sus manos, para que cedan en gloria suya i en beneficio nuestro. Por esta ley nueva, que merece con justo título ser llamada una alianza de amor, Nuestro Salvador Divino ha hecho más llevaderas nuestras penas: ella es el único medio de ser felices en la tierra i el único camino para llegar a la vida eterna. Fuera de su seno no puede haber más que ceguera de espíritu, extravío del corazón i calamidades indecibles. Ella nos enseña a mantener sanos i puros el cuerpo i el alma, a respetar la propiedad ajena, asegurando de este modo la nuestra, a socorrer a los necesitados, a permanecer firmes en la adversidad, a buscar por medios honestos nuestro bienestar temporal, i sobre todo, a hacernos dignos hijos de Dios i partícipes de la bienaventuranza eterna. Después de enjugar nuestras lágrimas i de aliviar nuestros padecimientos en este valle de destierro, ¡esta santa doctrina es la que nos conduce limpios i santos a nuestra patria celestial! ¡Cuán errados van aquellos enemigos de la religión cristiana que la desacreditan como una carga pesada, como un yugo incómodo! ¿Cuál es el hombre más feliz aun en este mundo? ¿Lo es por ventura el infiel que vive sin esperanza? ¿Lo es el impío que no halla en el fondo de su corazón ni paz ni reposo? ¿O más bien el cristiano que se goza, en la serenidad de su alma i que muere coronado de celestiales esperanzas? ¡Ojalá que estos incrédulos se conviertan al Señor!

Bendigamos eternamente a Dios Padre, que nos ha criado i que nos conserva; a su Hijo Unigénito, que nos salva, i al Espíritu Divino, que nos santifica. ¡Sea siempre el primer objeto de nuestra veneración i de nuestro amor esta religión venerable, por la cual derramó su sangre Jesús, i en cuyo restablecimiento trabajaron tanto los Apóstoles, i sufrieron los santos mártires tormentos horribles! Obedientes a sus preceptos, meditemos a menudo estas palabras de San Pedro (Epístola 1ª, cap. 1, versos 8 i 9): “Creyendo en Jesucristo, os gozareis en un gozo inefable i lleno de gloria, alcanzando el fin de vuestra fe, que es la salud de las “almas.” Así sea.

INDICE.

LA PALESTINA O LA TIERRA SANTA.....	
VIDA DE JESUCRISTO	
1 Zacarías e Isabel.....	
2 María.....	
3 María en casa de Isabel.....	
4 Nacimiento del precursor.....	
5 Nacimiento de Jesucristo.....	
6 Los pastores de Belén visitan el pesebre.....	
7 Presentación de Jesús en el templo.....	
8 La adoración de los Magos.....	
9 Fuga a Egipto.....	
10 El niño Jesús en el templo.....	
11 Juan Bautista en el desierto.....	
12 Bautismo de Jesús i su mansión en el desierto.....	

13	Juan reconoce por segunda vez a Jesus por el Salvador del mundo. Primeros discípulos del Señor.....
14	Bodas de Caná.....
15	Jesus en el templo.....
16	Jesus en la fuente de Jacob.....
17	Jesus predica por la primera vez en Nazareth.....
18	Pesca milagrosa.....
19	Sermón del monte.....
20	La hija de Jairo i la mujer enferma.....
21	Curacion del parálítico.....
22	Eleccion i mision de los doce Apóstoles.....
23	Doctrina de Jesus en parábolas.....
24	Otras parábolas de Jesus.....
25	La pecadora arrepentida.....
26	Sentencias notables pronunciadas por Jesus en diferentes ocasiones.....
27	Muerte de San Juan Bautista.....
28	Jesus, el divino amigo de los niños.....
29	Transfiguracion de Jesus.....
30	Hijo pródigo.....
31	Misericordia i dureza del corazon.....
32	El rico i el pobre.....
33	Las vírjenes prudentes i las vírjenes fatuas.....
34	Diversos sucesos instructivos.....
35	Resurreccion de Lázaro.....
36	Jesus es unjido por María Magdalena.....
37	Entrada solemne de Jesus en Jerusalem.....
38	La mas notable de las profecías.....
39	La santa cena.....
40	Jesus en el Monte de los Olivos.....
41	Ultima noche de Jesus.....
42	Jesus delante del juez temporal.....
43	Jesus crucificado en el Gólgota.....
44	Resurreccion de Jesus.....
45	Jesus se eleva al cielo.....
46	Jesus envia a sus Apóstoles el Espíritu Santo.....
47	Jesus vive en los suyos.....
48	Estévan, el primer mártir.....
49	Conversion de San Pablo.....
50	La santa iglesia de Jesucristo.....
	Conclusion.....